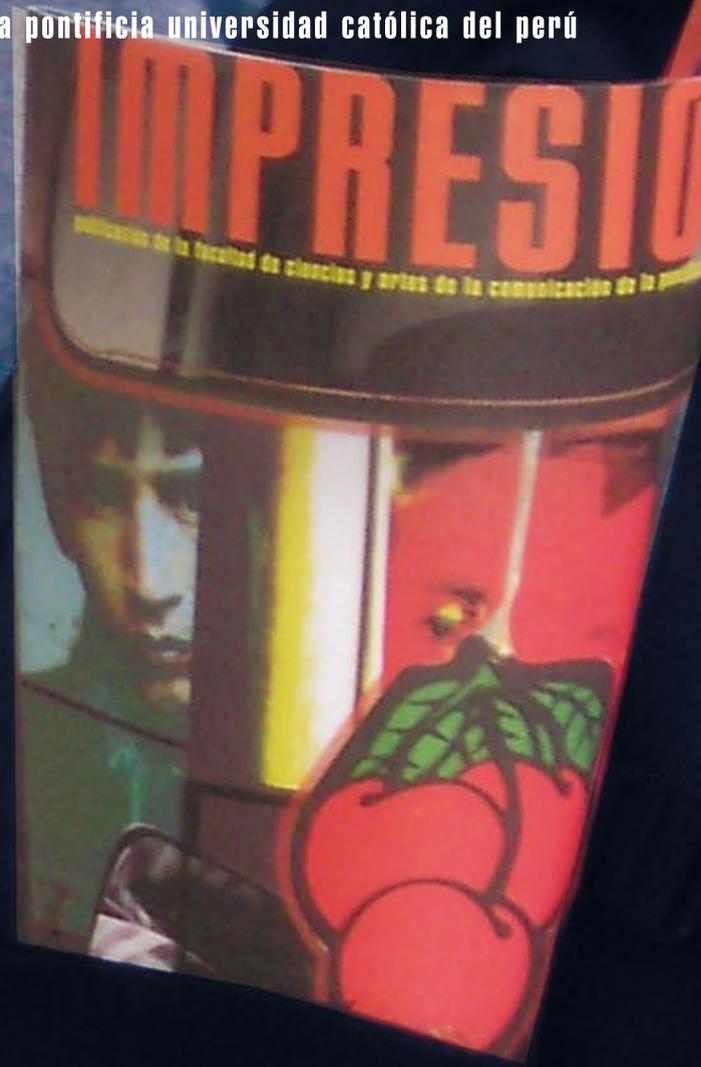


IMPRESIÓN

ISSN 1994-0998

publicación de la facultad de ciencias y artes de la comunicación de la pontificia universidad católica del Perú



palabras

Todo periodista es adicto. Tiene que escribir, hay dentro de él una necesidad de crear, un impulso casi demoníaco (muchas veces dionisiaco) por retratar lo que hay a su alrededor y finalmente está la satisfacción, comparable al placer carnal, al ver el trabajo impreso. *Impresión* se ha encargado de satisfacer estas necesidades y fomentar este delicioso vicio durante veinte ciclos. Veinte partos, veinte amores, veinte carreras contra el reloj; veinte ediciones de *Impresión* y cito a Walt Whitman:

"[...] Mi salud es perfecta.
Y con mi aliento puro
comienzo a cantar hoy
y no terminaré mi canto hasta que me muera.
Que se callen ahora las escuelas y los credos.
Atrás. A su sitio.

Sé cuál es su misión y no lo olvidaré;
que nadie lo olvide.
Pero ahora yo ofrezco mi pecho lo mismo al bien que
al mal,
dejo hablar sin restricción,
y abro de par en par las puertas a la energía original
de la naturaleza desenfadada."

Abiertas la puertas celebremos la vigésima edición de *Impresión*, dentro de la que encontraremos variedad de conflictos: el de llegar a los 20, el minero y el de ser un peruano que escribe en inglés. Terremotos y milagros característicos de octubre (y de *Impresión*) también son abarcados en esta entrega de aniversario de una revista por la que han pasado, y seguirán haciéndolo, algunas de las mejores plumas de nuestra facultad. Felicitaciones a todos los que en algún momento han participado en la elaboración de esta revista. Este pedazo de eternidad es nuestro.

Fernando Cáceres

Colaboradores:

Alfredo Espinoza, Marita Calderón, Alessandra Fiorentini, Fernando Cáceres, Pablo Timoteo, Brian Orihuela, Sofía Pichihua, Manuel Bonilla, Ricardo Icaza, Pamela Ravina, Lorena Chauca, Alexis Huaccho, Raphaël Morán, Mónica Maldonado.

Coordinador especialidad de periodismo: Abelardo Sánchez-León.

Cuidado de la edición: Pamela Ravina

Diseño y diagramación: Área de diseño de la FCAC

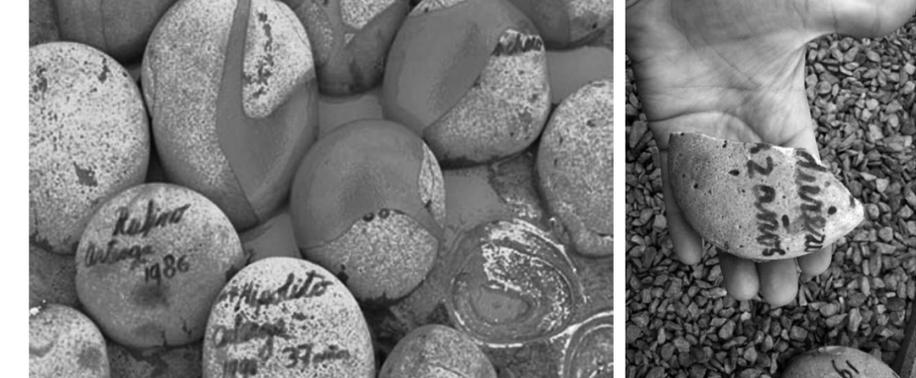
Carolina Arredondo / Ricardo Huanca

Carátula e ilustración pág. 15: Juan Carlos Linares Luque

Corrección: Diana Cornejo

contenido

- El ojo indefenso
- Los medios y "la carabina de Ambrosio"
- Muerte y destrucción en 7,9 grados
- Las noticias enterradas
- El terremoto de los otros
- Las Artes se caen
- La vida a los 20
- La "China" Ruth
- Akio Tamshiro
- Alarcón peruano de ningún lado
- No todo lo que es oro, brilla
- A la minería le falta comunicación
- Los perros del hortelano
- Los vampiros de la tierra



Ni las piedras soportan su furia. Fujimoristas atacaron el monumento a la reconciliación.

El ojo indefenso y el tiempo de la reparación (pendiente)

TEXTO MARITA CALDERÓN
FOTOS APRODEH / CVR
COMPOSICIÓN FOTOGRÁFICA CAROLINA ARREDONDO

“Yo misma hubiera ido con mi comba a quitar el nombre de mi pariente para que no esté junto con los nombres de los terroristas muertos”. Martha Chávez, ex candidata a la presidencia del Perú, no tuvo vergüenza de expresarse así el 25 de septiembre de este año. Se refería al memorial ‘El Ojo que llora’, atacado el mismo fin de semana que recordaremos como el de la extradición, transmutado en víctima de la violencia a fuerza de estacazos y de pintura anaranjada.

Creado como espacio simbólico de reparación, el último 28 de agosto había albergado la ceremonia de conmemoración de los cuatro años desde que recibimos, Estado y ciudadanos, el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR).

Acaba de retornar al Perú uno de sus ex presidentes. Precisemos, ha sido traído en helicóptero porque la Corte Suprema de Chile decidió su extradición. Según Human Rights Watch nunca antes un ex mandatario había sido extraditado hacia su propio país. ¡Já!, lo que sucede es que en el Perú... ¡sí podemos!

Por cierto, no deja de ser interesante buscar en el Informe Final de la CVR el apellido “Fujimori”: el programa lector informa de 802 ocurrencias. El Informe Final, recordemos, apareció a la vida pública el 28 de agosto de 2003. Producto de esfuerzos del Estado y del Tercer Sector (organizaciones de la sociedad civil, incluyendo voluntarios), entregó consigo recomendaciones para evitar una recaída en la violencia interna.

El tercer tomo del IF de la CVR advierte que, especialmente desde el 5 de abril de 1992, el gobierno de Fujimori “organiza una estructura que controla los poderes del Estado, así como otras dependencias clave, y utiliza procedimientos formales legales para asegurar la impunidad a los actos violatorios de los derechos humanos, primero, y de corrupción después.”

El mismo tomo evidencia un diagnóstico merecedor de una y mil reflexiones, especialmente para las y los ciudadanos que puedan, actualmente, estar tentados de justificar el autoritarismo de entonces porque “pacificó el país”:

“Preocupado más por asegurar su continuidad, y aun resaltando su imagen de mano dura sin concesiones frente a la subversión, Fujimori terminará descuidando en la práctica la política contrasubversiva y no dará una solución final al problema de la subversión, concentrada desde hacía varios años en algunas zonas marginales y poco accesibles del territorio en las que coincidía con el narcotráfico.”

Y si vamos a considerar las consecuencias de la política del ‘esconde la basura bajo la alfombra y niégalo todo’, los casos Barrios Altos y La Cantuta, los de derechos humanos, son considerados los más importantes para el caso Fujimori. Si convenimos en que la Reconciliación requiere justicia y reparación, no extrañe que nos alegremos de que los vocales supremos a cargo del proceso judicial de AF gocen de credibilidad. Alguna esperanza crece para los familiares de las víctimas de la violencia interna, como las representativas y luchadoras Raida Córdor y Gisela Ortiz, esperanza de ver un proceso justo, que para esto han sacrificado sus proyectos personales tantos años. Y para los ciudadanos solidarizados no es poca cosa imaginar que un seguimiento comprometido con la vida pública pueda dar frutos: judicialización y reparación.

Paz y Esperanza publicó este agosto el folleto de divulgación ‘Justicia, Memoria y Reparación ¿cuánto hemos avanzado?’, de distribución gratuita y recomendable para estar al tanto, en una rápida mirada, de la importancia del Plan Integral de Reparaciones (PIR) y la del Registro Único de Víctimas (RUV). La creación de este último es el objetivo del Consejo de Reparaciones pero aquí no se puede agotar el trabajo del Estado porque, si algo ya se reconoce una y otra vez, es que hace falta una política de reparaciones, es decir, contar

con programas y plazos para evitar la (inútil) dispersión de la acción.

El Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la PUCP (IDEHPUCP), por su parte, publicó recientemente ‘Memoria’, revista que incluye un balance de los avances y retrocesos del Estado desde que el Informe fue puesto a disposición.

La reforma del Estado, es decir, de sus instituciones, es un punto importante de este análisis. Tres son los aspectos examinados: el de sus mecanismos de representación, el administrativo y el de defensa. Recogemos aquí algunos de los avances enumerados en la primera entrega de esta publicación :

- Centro de Derecho Internacional Humanitario de las Fuerzas Armadas
- Manual de Derechos Humanos aplicado a la función policial
- Plan Nacional de Derechos Humanos (aprobado el 2005)
- CERIAJUS: Comisión especial de Estudio del Plan Nacional de Reforma Integral de la Administración de Justicia

El balance de ‘Memoria’, resaltamos, critica que la mayoría de los avances consista en iniciativas desarticuladas. Apunta, en cambio, que las reformas profundas requieren planificación.

MÁS ALLÁ DEL ESTADO

Las acciones de los ciudadanos pueden ser y son, muchas de ellas, canalizadas por redes sociales, como las que conforman el movimiento ciudadano ‘Para que no se repita’, o por los espacios de formación académica, como las universidades y sus respectivas oficinas de proyección o responsabilidad social. Pero enumerar estos esfuerzos no es nuestra tarea aquí y ahora, sino dejar constancia de su existencia y, a la vez, posibilidad.





La cruz en pie. La emblemática Iglesia del Señor de Luren se desplomó casi por completo.

Los medios y la "carabina de Ambrosio"

TEXTO FERNANDO CÁCERES
FOTOS CARLOS LEZAMA

¡DIOS NOS COJA CONFESADOS!

El quince de agosto de este año, un terremoto de 7,9 grados en la escala de Richter remeció el sur de nuestro país, dejando más de quinientos muertos, aproximadamente mil heridos y cerca de ochenta mil damnificados. Las principales zonas afectadas fueron Ica, Pisco y Chincha.

El Perú no está preparado para muchas cosas, por ejemplo una guerra, un Mundial, el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, y menos para un desastre de las magnitudes de este terremoto. Los hospitales colapsaron, la comunicación telefónica resultó imposible durante horas, la ayuda tardó días en llegar a la zona de emergencia, las carreteras quedaron bloqueadas, y para cerrar con broche de oro, el presidente García aseguró que no había víctimas que lamentar. La desinformación cundía y la población reclamaba a gritos (literalmente) ayuda, y saber qué diablos pasaba con nuestros compatriotas del sur. Es aquí donde los medios de comunicación debieron cumplir cabalmente con su labor y entregar información de manera precisa y profesional, pero como la tristemente célebre "carabina de Ambrosio", fallaron cuando más se les necesitó.

SOBREDOSIS DE TV

Nada te prepara para transmitir 'en vivo y en directo' el dolor dejado por un desastre natural. Hasta donde yo recuerdo, la teoría del periodismo no indica qué decir frente a una madre que rompe en llanto y no puede responder ni a la pregunta más simple del reportero, o qué hacer frente a un padre que busca a su hijo desesperadamente entre los escombros. ¿Dejo la cámara y lo ayudo en su búsqueda o hago una toma que, de todas maneras, saldrá en el noticiero de esta noche? Las decisiones son difíciles, ya que los periodistas no dejamos de ser seres humanos durante nuestra labor en las zonas de desastre. Sin embargo, si estamos llamados a, por lo menos, no preguntar estupideces. Los *bloopers* o 'metidas de pata' de los reporteros enviados a la zona de emergencia fueron muchos y lamentables, porque más allá de la vergüenza (propia o ajena), después del terremoto el periodismo ha quedado muy desacreditado frente a la población. Las imágenes que se mostraron en las pantallas, más que de un noticiero, parecían sacadas de una película de Tarantino. Se perdió por completo el respeto por las familias de las personas que fallecieron a causa del terremoto. Si bien es cierto que el periodista debe retra-

tar lo ocurrido, una toma de un padre cargando el cadáver de su hijo aplastado por una pared no es periodismo: es lucrar con la desgracia ajena, cambiar el dolor de las personas por unos puntos de rating. Hablando de lucrar, tan mal lo hicieron los noveles reporteros, que incluso un cuestionado Nicolás Lúcar (hábil por viejo y por diablo) hizo una mejor labor en la zona. Recordemos que estamos hablando de Nicolás Lúcar, un hombre que prácticamente estuvo al servicio de la mafia fujimontesinista.

EL TERROR ESTÁ EN EL AIRE

La enviada especial de Radio Programas del Perú lo gritó, ante los millones de personas que nos encontrábamos, minutos después del terremoto, frente a una radio. "¡El hospital ha colapsado!". La situación en Ica se volvía insostenible, y tan solo habían pasado unos minutos del sismo. Las radios nunca dejaron de transmitir y sirvieron para mantener a la población informada acerca de todo lo que ocurría, no solo en las zonas más afectadas, sino en todo el país. Las ondas radiofónicas captaban los pedidos de ayuda y las llamadas de los ministros, alcaldes, médicos en huelga, congresistas y del presidente. A cada minuto los pobladores de distintas partes del país reportaban heridos, carreteras bloqueadas, hospitales atestados de gente, y quiero saber cómo está mi papá que trabaja en un túnel en Pisco, y que la familia Araujo está bien, que los abuelos en Lima no se preocupen. Periodismo ciudadano en su máxima expresión. Pero no todos se comportaron a la altura de las circunstancias. Al día siguiente del terremoto, mientras todos los medios incen-

tivaban a la ciudadanía a ayudar a los damnificados con donaciones, Carlos Galdós manifestó en su programa de radio que a él la "ayuda por control remoto" (así denominó a las donaciones) le parecía una porquería. Él iba a "ir ese fin de semana con su camioneta a ayudar a Ica". Le faltó decir que también iba a entorpecer la labor de la gente que viene haciendo este trabajo desde hace años, atollar más la carretera, accidentarse y recargar el trabajo de los ya ocupados médicos. Yo entiendo que el señor Galdós no sea un periodista y no comprenda el compromiso que tiene con la sociedad al conducir un programa de radio. También entiendo que, por no ser un buen comunicador, no sea capaz de medir la magnitud de las afirmaciones que alegremente lanza al aire, incitando a la población a hacer las mismas torpezas que él.

HAY, HERMANOS, MUCHÍSIMO QUE HACER

Los comunicadores tenemos, antes que un compromiso con vender, con el rating o con la popularidad del medio, un fuerte compromiso con la sociedad. No podemos alejarnos del profesionalismo que exige nuestra carrera, a pesar de lo duras que puedan ser las circunstancias (el caso del terremoto es un claro ejemplo). En los próximos años, nuestro país deberá enfrentar situaciones críticas (el juicio a Alberto Fujimori, las próximas elecciones, el Tratado de Libre Comercio, etcétera) en las cuales los hombres de prensa deberemos defender por sobre todas las cosas la verdad y trabajar de manera imparcial por el bien de la sociedad de la que formamos parte.

En la Plaza Central, los pobladores de Ica observan atónitos a sus muertos.



Muerte y destrucción en 7,9 grados

TEXTO ALFREDO ESPINOZA
FOTOS ALFREDO ESPINOZA / CAROLINE DEWAST
FOTOILUSTRACIÓN CAROLINA ARREDONDO



La génesis de esta historia no pronosticaba menos que buenos augurios. PCJ & Abogados S.A.C., el estudio de abogados para el cual César trabaja, consideraba que Ica estaba empezando a experimentar una bonanza económica que sería interesante aprovechar. Y el sector encargado era el área de cobranzas, de la cual él se haría responsable como administrador por un tiempo indefinido. Resáltese “indefinido”, pues lo menos definido era que regresase a Lima al tercer día de haber llegado y dos días después del terremoto. Pero así es el destino: ni avisa ni concede tregua. Si Ica se erigía como una ciudad con un clima cálido y noble en la mente de esta y otras personas, ese día —geológicamente hablando— revivió a una fiera en reposo, a 7,9 grados de ferocidad en la escala de Richter que sacudió las placas de Nasca

y Sudamericana en el epicentro, ubicado a sesenta kilómetros al oeste de la localidad de Pisco, en el mar. ¡Sálvese quien pueda! Es el grito de la selva que debió haber poseído a los cientos de personas que circulaban despreocupadamente entre las calles que lindaban con el centro aquel miércoles 15 de agosto a las 18:40, y especialmente por una —bastante angosta— similar al Jirón de la Unión. Allí llegaría César tras los primeros remezones: a cuatro cuadras del centro, saliendo del mercadillo, en uno de cuyos restaurantes se encontraba almorzando. Confiesa que teme a los temblores: supuestamente al aire libre estaría a salvo. Supuestamente. Un error de cálculo. Mala suerte. Imposible describir la escena que descubriría segundos después a través del lente de su mirada, en ese brote diabólico

que engendró la tierra. Fue como si el filme más trágico y devastador se hubiese proyectado a través de sus ojos, salvo que, esta vez, el celuloide rebalsó de realidad. Demasiada realidad, de pronto: la muchedumbre corriendo sin control, pisándose entre sí en una carrera por la supervivencia, desplomándose e incorporándose una y otra vez en ese camino ondulado, como olas salvajes, que era ese trayecto hacia la salvación. Las señoras sollozando, rezando en las puertas de sus hogares, clamando al cielo: “¡Ya, Diosito, basta, Diosito, basta!”, la oscuridad como fondo de ese mar de almas despavoridas; la tenebrosa musicalidad de la tragedia, que agrupaba sonidos de casas derrumbándose, vidrios quebrándose, postes convirtiéndose en zancadillas; las aclamaciones apocalípticas propias del desconcierto, que avizoraban el resquebrajamiento de las pistas y un precipicio que mejor era ignorar. Y lo peor de todo... ¡no terminaba!

Pero terminó. Aquellos dos minutos, aproximadamente, se vivieron como veinte. Y el silencio dejó un cuadro de aquellos que estremecen hasta los huesos y dejan la piel de gallina. Una pintura oscura, la luz artificial muerta, el polvo abrazando los cuerpos y las construcciones destruidas, como si fuera un sueño... o una pesadilla. No quiso saber nada. Ya frente al edificio donde se había instalado su oficina y que haría también las veces de hogar, a unas diez cuadras aproximadamente de donde lo cogió desprevenido el terremoto, alguien portaba una pequeña radio. Se decía que en Lima también se había sentido el sismo. César quería comunicarse con su familia. Quería, pero no podía. A la baja de la energía eléctrica se había sumado el colapso de las líneas telefónicas. Esa noche no pudo dormir. Las réplicas agitaban el suelo una y otra vez cada diez o veinte minutos. Por eso, se prendieron fogatas en las calles esa noche. Todos durmieron en las pistas. O al menos lo intentaron.

Ya con la luz del día, y con la tranquilidad que le dio saber unas horas antes que su esposa y sus cinco pequeños se encontraban bien, César salió a ver la ciudad. Caminó por entre los escombros en una ciudad que parecía perdida y desubicada, intentando reflexionar sobre lo que había ocurrido. Era demasiado para tan poco tiempo. Su sentido altruista y su impotencia frente a la naturaleza lo llevaron a ayudar a los damnificados. Se acercó a un señor y le ofreció su ayuda. Levantaron un tablero de madera muy pesado y asomó un brazo tendido con el cuerpo enterrado, una mano fría y dura. No se contuvo: estalló en llanto. A pesar de que unos instantes después intentó seguir

ofreciendo ayuda, la gente ahora se negaba. Ya habían empezado los saqueos y las personas cuidaban sus pertenencias a como diera lugar. Al terror se había sumado el descontrol. Si las tiendas no derrumbadas no estaban en servicio era porque en cualquier momento podían ser saqueadas. Lo atestiguó César en distintos momentos. “La mayoría eran jóvenes”, recuerda. “Encontré a unos en las afueras de un banco, comentando: ‘Ojalá se derrumbe de una vez’. Por la noche vi a otros que irrumpieron agresivamente en una botica. Se llevaban todo, como si fuesen dulces. Los más astutos escogían alcohol, gasas y algodón”.

Era un caos. El Estado y las fuerzas del orden brillaban por su ausencia. Y la persona con mayor autoridad, llamada a imponer nuevamente el control, el Presidente Alan García, llegó al día siguiente, ingresó a la municipalidad, se quedó alrededor de media hora y se marchó, sin decir una sola palabra a ese pueblo del que tanto habla y que tan necesitado de sus palabras de aliento estaba. Felizmente en ese momento no habían escuchado aquella afirmación presidencial de que no había ocurrido ninguna desgracia. ¡Qué desgracia esa afirmación! Peor aún haber ignorado aquel estudio realizado por el Instituto Geofísico Nacional que avizoraba explícitamente la catástrofe. Y entonces, ¿quién impondría la calma? La policía no se daba abasto al costado de la cantidad de saqueadores. Solo quedaba resignarse, defenderse y soportar. Ni siquiera se podía salir de la ciudad: las empresas de transporte terrestre estaban fuera de servicio.

Al día siguiente del sismo, llegada la noche, empezaron a salir los primeros buses. El valor del pasaje era exorbitante: cuarenta soles para ir a Lima. César durmió allí una noche más, y al día siguiente, a las 6:15, no lo dudó: abandonó Ica. Dieciocho soles le costó el boleto de regreso, el pasaje a la tranquilidad. El restaurante de donde salió a mitad del sismo estaba completamente destruido. En la autopista de regreso pasó por un trecho que se había desnivelado, y pudo ver la pista a la altura de sus ojos, tal como vio y vivió toda la tragedia. “Nunca lo voy a olvidar”, confiesa. El azar le jugó una muy mala pasada, pero el destino se ha encargado de mandarlo nuevamente a aquellas tierras. Otra vez en Ica, César es ahora mucho más fuerte. Es consciente de que habitará por tiempo indefinido en una zona sísmica, pero también sabe que es lo mejor para la economía de su familia. Y de ella, ¡ni un terremoto podría separarlo!



Las noticias enterradas

TEXTO BRIAN ORIHUELA
FOTOILUSTRACIÓN CAROLINA ARREDONDO/ RICARDO HUANCA

Es realmente increíble la cantidad de campañas de solidaridad que se organizaron y el seguimiento que la prensa dio a los hechos. Sin embargo, muchas otras noticias quedaron en el tintero, debido a la excepcional cobertura que los medios dedicaron al terremoto y todo lo que ocasionó. Podríamos hacernos una pregunta: ¿El terremoto tiene la culpa, o el gobierno utilizó la tragedia para distraer en cierto modo a la población? El terremoto no pudo ser de ningún modo planeado, pero sí pudo ser un instrumento para distraer la atención del público.

A continuación una selección de las noticias que quedaron en ese momento de lado:

LA COMPRA DE PATRULLEROS CHINOS y la adquisición de material antimotines por el Ministerio del Interior. Luis Alva Castro comenzaba a ser cuestionado por la compra irregular de patrulleros chinos, por lo cual Lourdes Alcorta pidió una interpelación al ministro. La bancada fujimorista descartó la posibilidad de apoyar esta propuesta.

La interpelación finalmente se hizo realidad, pero casi un mes después. Además, el respaldo de la bancada fujimorista demostró, una vez más, el tan negado apoyo de esta agrupación al partido de gobierno.

La irregular compra de material antimotines no fue investigada sino hasta un mes después, cuando un programa de investigación periodística denunció la sobrevaloración de este, además de lo innecesario de



la compra. No obstante, esa denuncia no ha tenido un gran impacto: más bien permanece en la oscuridad, y la noticia principal fue la compra de los patrulleros (incluyendo el circo desatado cuando se dijo que se iban a alquilar patrulleros).

TULA BENITES (Apra), Ricardo Pando (Sí Cumple), José Anaya (Unión por el Perú) y Walter Menchola (Unidad Nacional), aparte de ser investigados por contratar empleados fantasmas, fueron presentados por sus respectivas banca-

das como candidatos a la comisión de fiscalización. Afortunadamente, esta noticia sí tuvo eco y fue denunciada a tiempo, por lo que se retractaron y fueron retirados.

La denuncia contra Tula Benites quedó casi en el vacío, pues el castigo que le impondría el Congreso se veía cada vez más distante. Finalmente llegó (aunque con mucho retraso y bajo serios cuestionamientos a la sanción dada).

LA DISPUTA SOBRE EL TERRITORIO MARÍTIMO que sostiene nuestro país con Chile. En los días previos al terremoto, el gobierno chileno había mandado llamar a su embajador para informar sobre el mapa que publicó nuestro país, el cual incluía parte del territorio en disputa como área peruana. Esto suscitó el rechazo del gobierno chileno. Siguiendo con el tema, el Congreso decidía apoyar la propuesta del Ejecutivo de llevar el caso a la corte de La Haya.

EL PEDIDO DE GENARO MATUTE (contralor general) para que el Congreso discuta una ley (propuesta con anticipación, pero postergada por el Congreso), para proteger a todos aquellos servidores públicos y ciudadanos que denuncien, con la sustentación debida, hechos de corrupción.

Seis días después, Alan García declaró que la Contraloría obstaculizaba el trabajo de ayuda a las víctimas del terremoto. ¿Es esa la respuesta del Ejecutivo a la propuesta del contralor? Dicha propuesta no es tan conocida como esa declaración del mandatario. El terremoto, aparentemente, no solo sirvió para distraer al público, sino también como escudo.

EL PODER EJECUTIVO Y LAS CONCESIONES. Se envió un pedido para que se dictase una serie de normas que aceleraran la entrega de concesiones para reducir el déficit de infraestructura en el país. Se podría decir que es el preámbulo a las concesiones mineras y que ya se sospechaba la oposición que estas generarían.

MINERAS SANCIONADAS. Cincuenta de ellas fueron sancionadas debido a los sesenta accidentes fatales que se produjeron en el transcurso de un año, y todos debido a la falta de condiciones de seguridad que enfrentan los mineros. Esta noticia sí quedó en el olvido desde su publicación en el diario El Peruano, el 17 de agosto.

EN EL PLANO ANTICORRUPCIÓN, se informó que se habían realizado cuarenta juicios con sentencias —de los 245— en seis años. La gran lentitud en el avance de los juicios sería una advertencia de lo que podría suceder con Fujimori y los juicios que se le seguirán. Además, el apoyo de la bancada de Sí Cumple al gobierno probablemente será recompensado.

Y precisamente respecto del partido fujimorista, por los días del terremoto (la noticia se publicó el 23 de agosto), Santiago Fujimori viajó a Japón, lo que resulta curioso si se tiene en cuenta que su hermano Alberto estaba en proceso de extradición y que el gobierno japonés era acusado de protegerlo, además de que la sentencia estaba cada vez más cerca.

Las noticias aquí presentadas fueron publicadas, todas, en diarios peruanos como *El Peruano* o en páginas de noticias como la de la BBC en español. Sin embargo, el espacio que ocupaban era, en el mejor de los casos, de menos de media página, pasando por columnas bastante reducidas, hasta ser casi nada más que avisos, en comparación con los suplementos especiales o con el espacio dedicado al terremoto, que en algunos casos era de más de cincuenta por ciento del periódico.

La población no debe voltear la mirada ante temas que finalmente pueden resultar banales, ni tampoco dejarse llevar por las tragedias que se suceden, como ocurrió con el 11 de septiembre en los Estados Unidos. Esto no debe ser excusa para tomar decisiones de las cuales nada se conoce hasta que ya son una realidad.





El terremoto de los otros

TEXTOS MANUEL BONILLA
FOTOS CAROLINE DEWAST

Estaba clarísimo. Seguirlos en la televisión, escucharlos en la radio, ver sus fotografías en las primeras planas de los diarios locales arrojaban un solo síntoma: el inexpugnable y abominable azar había querido que esa noche pudiésemos dormir, acurrucados y calientitos, en nuestras camas. El 'ampay me salvo' nunca estuvo más atinado, más propicio. Y eso lo sabían todos los reporteros que viajaron al sur chico solo por unas noches, unas cuantas noches a la intemperie o dentro de la unidad móvil. "Pobres" parecía decir el rictus, de voz fúnebre, de los periodistas que informaban y atestiguaban el desastre y la tragedia y los plasmaban en un medio de comunicación. Un frívolo medio impreso anunciaba en su titular que iban a presentarle quejas y reclamos a ese dios que se había mostrado inclemente. A pesar de que Dios es peruano.

Y es que el ajuste de cuentas histórico llegó para todos aquellos que no pasamos de la treintena: nos tocó sentir la tierra estremecerse en este país convulso y telúrico. ¿Cómo reaccionar? ¿Cómo cubrir? ¿En el mapa imaginario aparecían Tambo de Mora, Grocio Prado, Hoja Redonda o San Benito? ¿Quiénes son

ellos que aparecían como debajo de una piedra en las imágenes que el pulso tembloroso de un camarógrafo registraba? Ninguna cátedra o escuela de periodismo destina un capítulo a la cobertura de desastres naturales. ¿Naturales?

Es natural que en latitudes como la nuestra, cada vez que sucede un fenómeno que convulsiona las estructuras de un país fracturado (sea el friaje, un terremoto, el fenómeno 'El Niño', las protestas en carreteras o comunidades, etcétera), se desnuden la desigualdad, la exclusión y la pobreza que sobreviven y sobre las cuales se edifica la sociedad. Un terremoto golpea más a los sectores desatendidos, olvidados (que no aparecen en el mapa hasta que "pasa" algo). ¿Cómo responde el Estado? ¿Y la sociedad civil? El Estado debería garantizar un apoyo organizado hacia esos sectores no solo en época de desastre, cuando la necesidad es tan obvia, casi pornográfica, explícita. Fondos, los tienen. Recursos, también. Hasta ayuda y préstamos internacionales han llegado. ¿Se hace un adecuado empleo de ello? Aún hoy nos indignamos con los inescrupulosos personajes que sacan parti-

do de esa situación, que separan su tajada (la más grande) de la torta para su propio bolsillo, que trafican con donaciones y que, a fin de cuentas, juegan con la desgracia ajena de otros ciudadanos. Ahí radica la importancia: son ciudadanos como tú, despreocupado lector. No tienen que rogar por limosna ni mucho menos recibir caridad. Es un derecho que el gobierno debe garantizar y nosotros exigir.

YO TE ESTIMO

Entonces esas largas colas que se formaban como por generación espontánea inundaban el Estadio Nacional —a pesar de que no había ningún clásico por jugarse—. Toneladas de donaciones y decenas de voluntarios sudaban y se movían diligentes para recolectar todos los paquetes que llegaban. Era una linda postal. Era la escenificación de la ayuda, la políticamente correcta "caridad", la manifestación amable de la solidaridad. ¿Dónde se diferenciaba de esos pequeños y ostentosos óbolos que la iglesia reparte y que píos ciudadanos se encargan de engordar con billetes, acompañando la postal de un fotogénico niño de Calcuta o de Mozambique? ¿Estábamos haciendo un favor, un servicio de humanitarios golpes de pecho? Tan bien graficada, en su versión facsímil, la zanja perpetua que dinamita una constitución que no existe en la práctica. Ese privilegio de 'ser iguales' que pareciera que se gana con arcanos méritos.

En una columna, César Hildebrandt se percató de lo que bautizó como una 'epidemia de amor'. Personajes de la televisión, políticos de toda laya, futbolistas, militares, modelos, ministros y hasta un cura comulgaban con un credo común: nunca habíamos estado más unidos, el Perú lo puede todo, es hora de colaborar con el prójimo, solo el amor y la solidaridad pueden sacarnos de esta situación, hermanados por el dolor, la tragedia nos une con nuestros hermanos del sur. Un país engolosinado, amelcochado en el más cursi y hermoso de los sentimientos. ¿Era posible tanto surrealismo en el Perú? Las grandes empresas y monopolios eran casi socialistas: cuentas para depósitos y colectas nacionales en el Banco de Crédito, Telefónica —que nos ahoga con sus tarifas— habilitaba líneas libres y gratuitas, y hasta las clínicas recibían a heridos y enfermos sin que tengan seguro. ¿Eso no tendría que ser lo normal?

Gayatri Spivak, en su ya célebre ensayo "¿Puede hablar el subalterno?", postula que "ningún teori-

zante, partido o unión puede re-presentar a aquellos quienes actúan y luchan". ¿Ello se aplica a los voceros del gobierno, al mismo presidente en un ineludible discurso asistencialista, a empresarios disfrazando su responsabilidad social, a intelectuales con 'conciencia social'? ¿Y a los periodistas que con los pies en el polvo de una ciudad derruida se convierten en los cronistas, los portavoces de la inevitable tragedia? Cuando los damnificados tiemplan su voz temblorosa para exigir o pedir ayuda frente a cámaras, ¿podemos llegar a sentir, a comprender su grito? ¿Hablan en un lenguaje ajeno, desconocido? ¿Porque cómo es posible que sus casas se hayan caído! Saben que deben cumplir con su papel de 'pobres' para estirar la mano a 'los de arriba', a los que tiene su casa en pie, y conseguir algo (cuestión urgente y desatendida en su día a día) que quizá no alcance para todos. Además, solo se habla del sur. El sempiterno centralismo oculta e invisibiliza Yauyos, Huancavelica y otros sectores en la periferia de Lima.

Gustavo Faverón resume la postura de Spivak: "En el momento en que el subalterno articula un discurso inteligible para quien no está en una posición subalterna, su subalternidad ha cesado, él ha ingresado en el lenguaje del otro, en la esfera simbólica del otro, saliendo de la subalternidad". ¿Existe otra manera que no dibuje los abismos ontológicos que persisten?

Lo cierto es que la repartición de productos básicos funciona a cuentagotas, algunos pobladores, escépticos y desconfiados del gobierno y su ayuda, ya están recogiendo lo que el terremoto no se llevó, intentando levantar sus casas que quizás se vuelvan a caer en el próximo sismo. Alan García convoca al magnánimo empresariado a invertir en Ica y que todo vuelva a ser como antes. Pero, como escribe Paul Maquet, "antes" las cosas ya estaban mal, es como ponerle yeso a un tuberculoso: la solución a corto plazo que garantiza y deja intacta su lenta extinción. Ese sur agroindustrial, cuna de la abanderada bebida espirituosa, que muestra —como dicen los que saben— un "crecimiento económico sostenido" (sic), le pasa factura a la gente de pie. El cuestionado Julio Favre al mando de Forsur mantiene insólitas reuniones con las autoridades locales y procura escucharlas en el esfuerzo de parafrasear la pregunta de Spivak y demostrar que el subalterno puede participar del sistema y desde allí exigir, desde allí plantear, desde allí proponer, desde las mismas "entrañas del monstruo". Ojalá que el terremoto no solo remueva y azote las placas tectónicas, sino también las estructuras mentales para pensar el país.



Las ARTES se caen



Zona de riesgo. Los alumnos de Bellas Artes tomaron la sede en señal de protesta.

TEXTO CARLOS LEÓN
FOTOS MONICA MALDONADO

Tras el último terremoto ocurrido en el Perú —esperemos que el último durante mucho tiempo—, en el que el sur chico se llevó la peor parte, muchas edificaciones —tanto casas como instituciones— se han derrumbado, y otras están a punto de caerse. Lima, la ciudad más privilegiada del país, también ha sufrido el terremoto, y aunque no se haya destacado mucho, hay construcciones que están en riesgo.

Un ejemplo de esto es la Escuela Nacional de Bellas Artes, situada en el Cercado de Lima, distrito que todos los limeños deben conocer aunque sea de casualidad. Sea por su belleza arquitectónica, por sus ambulantes, por el Sheraton o por otra cosa, todos los limeños saben que el Centro existe. Ahí queda la Escuela Nacional de Bellas Artes.

La Escuela, fundada hace casi noventa años —en 1918— ha colapsado casi en su totalidad. De los tres locales con que cuenta en el Centro de Lima, el más afectado —y declarado inhabitable por Defensa Civil— fue el de Canevaro, seguido por el auditorio. Esto limita a los alumnos a los corredores, pasadizos y patios de la sede central: los estudiantes se han mudado a aulas que no les corresponden, usan las oficinas del Centro Federado y caminan con cuidado, porque en cualquier momento todo puede venirse abajo.

La situación de los alumnos es angustiante, pues tienen muy poco espacio para trabajar: hasta podrían golpear a otro estudiante mientras acomodan su caballete. La situación es muy tensa; las esculturas que adornan el patio y los corredores donde practican ahora también están rajadas y a punto de caerse. El metro cuadrado que necesitan para trabajar —y que para el artista ya es pequeño— se ha reducido en gran medida.

Las soluciones han sido desastrosas o no ha habido ninguna, y los estudiantes continúan en la misma situación. Los trabajadores administrativos no sugieren mucho: se habla de alquilar un inmueble, pero hasta ahora nada; se habla de una comisión de infraestructura organizada por el Centro de Estudiantes, pero se requiere más apoyo para aprobarla. Como dicen ellos, la cultura y el arte en el Perú son la última rueda del coche. Y parece que tienen razón, porque ningún medio

ha informado lo suficiente como para que las cosas cambien. Pero los cambios deben ser claros y contundentes; no meras especulaciones que adornen el final de una frase sino verdaderos golpes que remuevan las estructuras.

Lo único que están esperando es que cualquiera que habite el plantel, ya sea estudiante, trabajador o administrador, sufra un accidente grave que incluso le cause la muerte para que entonces piensen en que algo se pudo hacer. Si algo se tiene que hacer es ahora. En opinión de la presidenta del Centro de Estudiantes: "Si dejamos que no hagan nada y termina el año así, entonces dirán que podemos aguantar un año más".

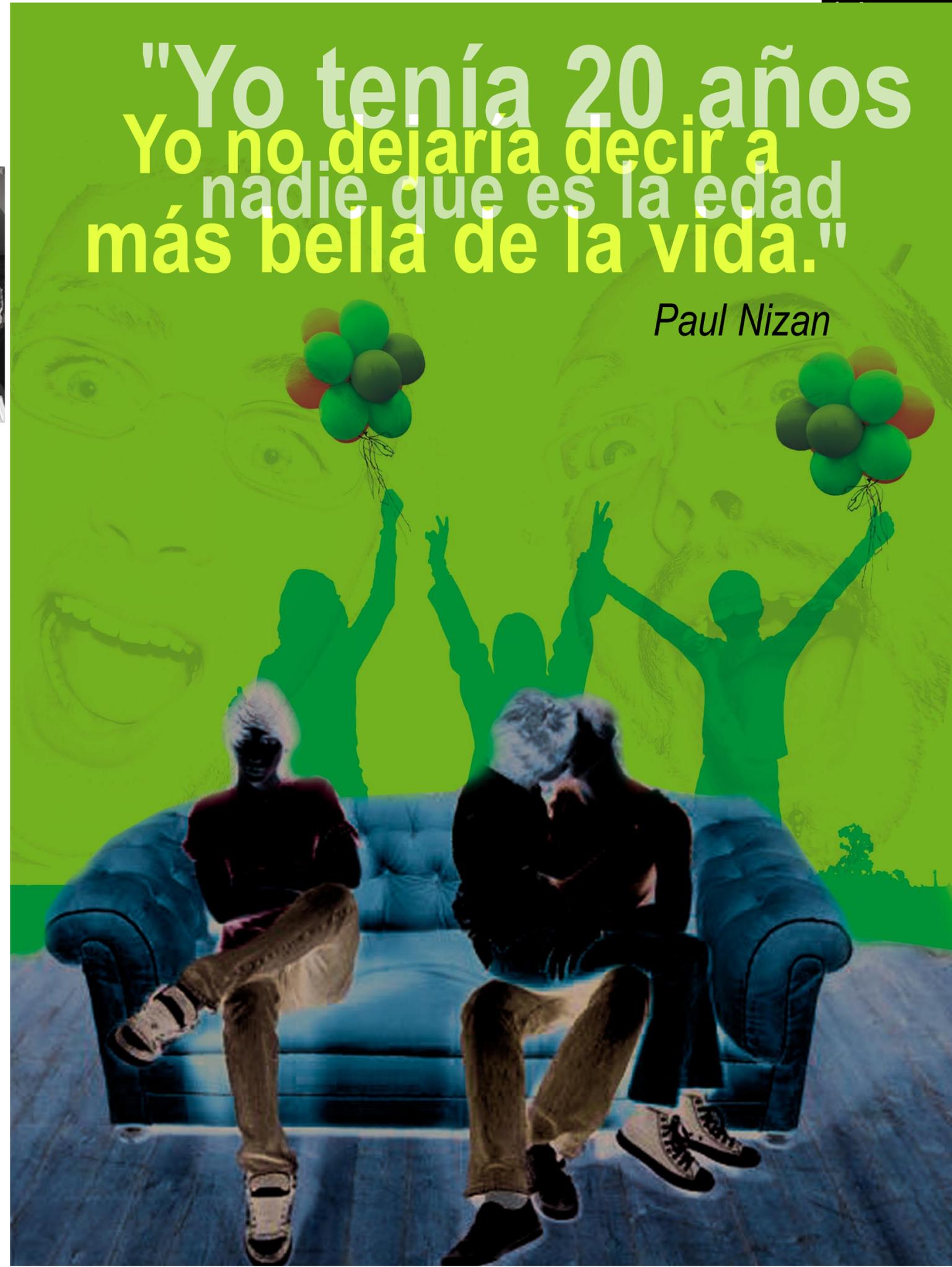
Por supuesto que ha habido protestas, y claro que se quejan por el peligro en el que viven, por una reubicación, por una señalización de rutas de escape ante un sismo, por la falta de espacio o porque no quieren morir en esa trampa en la que se ha convertido la Escuela. Se sabe que los ejes de construcción están fuera de su sitio, que no se puede subir a los techos y que hay paredes y esculturas rajadas. Con alumnos descontentos y en peligro, y con trabajadores administrativos indiferentes, la situación está a punto de explotar. Algunos estudiantes se han retirado de la Escuela, mientras que la situación de los postulantes es incierta. El peligro está latente, y pocos intentan conjurarlo.

Siguiendo con el Arte, y menos con el terremoto, la Facultad de Artes de la PUCP —valga la redundancia— hace poco fue sorprendida con la rotura del techo de asbesto de un salón en plena clase, lo que causó la caída de un obrero en pleno trabajo, la contusión del pie de un alumno por la caída del obrero, y un rasguño en el dedo de una alumna. La peor parte se la llevó el obrero, seguido por el alumno. Esto no ocurrió como consecuencia del terremoto sino por un accidente, pero originó una protesta que buscaba la construcción de una nueva facultad en la que no se usara el peligroso asbesto.

El tema del sismo parece alejarse; ahora son sus consecuencias las que deben resolverse con urgencia, no solo en sur sino también en Lima. En este caso, el Arte se deteriora, y por diferentes motivos parece desmoronarse. Pues entendamos y hagamos que no parezca que sucedió un terremoto.

"Yo tenía 20 años
Yo no dejaría decir a
nadie que es la edad
más bella de la vida."

Paul Nizan





Aún quedan 20 años más
Los llenos de esperanza y los planos
El mejor de los comienzos
El corazón roto, hecho piedra

Aún quedan 20 años más
Una edad dorada conozco
Pero todo pasará
Todo terminará.

Brian Molko

La vida a los veinte

TEXTO PAMELA RAVINA
COMPOSICIÓN FOTOGRÁFICA CAROLINA ARREDONDO

Escribo desde la mirada de quien ya pasó por el rito de soplar las velitas de los veinte. En mi caso, como en el de muchos, no hubo sobre la torta veinte velas. Lo mío fue más peruano: dos velas formaban el numeral: una era un dos y la otra, un cero. Es que no solo se trata de cumplir veinte años, de pasar a la base dos, sino que, además y todavía (Manongo Sterne *dixit*), se trata de cumplirlos aquí, en Perú.

Cumplir veinte, para el peruano, se presenta como un desafío. Irónico. Usualmente recibimos alguna gentileza al comenzar un nuevo año de nuestras vidas. Los jóvenes peruanos, en cambio, recibimos una dotación de angustia.

Estadísticamente somos un país joven. El último censo nacional elaborado por el Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) en el año 2005 informa que veintiocho por ciento de la población total del Perú es joven. Más de la cuarta parte de los peruanos tenemos entre quince y veintinueve años de edad. Esta estadística sería muy envidiada por algún país de población 'vieja', como Suiza. Pero la realidad no es tan feliz en nuestro caso.

LA MASA A SER POLITIZADA

Para los políticos, este grupo de jóvenes se presenta como una provechosa fuente de potenciales electores. La preocupación por la gran masa joven no pasa de ser coyuntural y hasta ahora no hemos sido testigos de ninguna propuesta política de cambio sostenible.

Es por eso, quizá, que tenemos que soportar, cada cuatro años, la desgracia de ser asediados por la propaganda política de ocasionales alianzas electorales o de los mismos partidos de siempre. La estrella *reggaetonera* del Partido Aprista Peruano es la prueba más tangible de la desesperación de los políticos por atraer a la masa electoral joven.

Así como yo, muchos votamos por primera vez a los veinte años en el 2006. Nunca en mi vida había sentido más desidia a la hora de tomar una decisión. La confrontación con la cédula y la urna me hacía sentir impotente. Los sondeos de opinión y los medios cantaban la victoria de Lourdes Flores o de Alan García. Temían la de Ollanta Humala. Y todos los partidos se sobaban las manos mirando ese apetitoso trozo de siete millones de jóvenes indecisos. Pero más allá de la demagogia y de los compromisos efímeros con los jóvenes, ningún partido o candidato

parecía confiable. Íbamos a votar como quien recorre la milla verde: hacia un destino sabido, infeliz de cualquier manera. Durante el II Coloquio de Semiótica organizado por la PUCP, Lilian Kanashiro, en su ponencia de análisis semiótico de los spots propagandísticos de las cuatro elecciones pasadas, señalaba, con su característico sentido del humor, que había una suerte de patrón a seguir cuando de conquistar a la masa electoral joven se trata. "De cualquier manera vemos cómo, para conseguir los votos jóvenes, la propaganda política apela a los valores lúdicos". No hay crítica ni reniego de la realidad, tampoco hay utopías: solo se nos muestra la gratuidad. El mensaje termina siendo, en el fondo de las intenciones: "Vota por nosotros, somos bacanes".

Es por eso que no termino de comprender por qué alarmaron tanto los resultados de la encuesta realizada por el Instituto de Opinión Pública de la PUCP (agosto de 2007) sobre las percepciones de los jóvenes. Setenta y tres por ciento de lo encuestados pensaba que a los jóvenes les interesa poco la política. Aunque desafortunada, esta afirmación no dista mucho de la realidad. ¿Cómo no habría de ser así si día a día vemos en los medios cómo la política resulta ser un mundo oscuro y, en el mejor de los casos, se presenta como un juego sin trascendencia alguna?

¿CHAMBA ES CHAMBA?

No hace mucho pregunté a mis amigos qué fue lo primero que les preocupó cuando cayeron en la buena cuenta de que habían cambiado de década por segunda vez. La respuesta fue contundente: la responsabilidad por conseguir trabajo. La búsqueda de la primera chamba es toda una experiencia, una anécdota frecuente en las conversaciones de los jóvenes. Y es que, si hablamos de percepciones, el temor más grande es el que tenemos al desempleo¹, muy a pesar de que el INEI informa que la tasa de desempleo baja cada trimestre en Lima metropolitana². La verdad es que termina siendo difícil comprobar este dato en la realidad.

Como resulta evidente, la posibilidad de conseguir un empleo (ahora, independientemente de si es bien remunerado o no) está directamente relacionada con el acceso a la educación y la capacitación. Un estudio realizado por el INEI sobre los niveles de empleo en la población joven³ señala que cincuenta y dos

por ciento de los jóvenes de catorce a veinticuatro años de edad tiene participación laboral, y que la remuneración aumenta veinte puntos porcentuales (en promedio) cada vez que se accede a un mayor nivel en la educación escolar. Si logra acceder a la

ochenta y dos por ciento de los jóvenes "se unieron" a los dieciocho años (sic) y que veintitrés por ciento lo hizo antes de los quince.⁴

Y sí, pues, esta es una etapa en la que lo que está más a flor de piel es el alboroto hormonal. Sobre

educación universitaria, el aumento del salarial sería de ciento sesenta por ciento. Diferencia abismal. Pero este dato resulta aún más chocante cuando caemos en la cuenta de que menos de dos por ciento de la población joven que trabaja ha concluido la educación superior.

Otro obstáculo que el veinteañero ávido de conseguir trabajo debe sortear es el poder, de una manera u otra, hacer que en su currículum figure experiencia laboral de alguna índole. En la competencia por el ansiado puesto de trabajo, ganará siempre el que más experiencia laboral tenga, sea en el rubro o no. Finalmente, lo que importa a los contratistas es que el futuro empleado tenga cierto conocimiento de cómo manejar las fastidiosas relaciones laborales. No deja de ser un tanto extraño, sin embargo, que se pida a los universitarios que tengan experiencia laboral, sobre todo si están en la búsqueda de su primera práctica preprofesional.

De no hallar la manera de sobreponernos a estas dificultades, los peruanos nos vemos, en la flor de nuestra juventud, entre dos caminos que no necesariamente resultan los más deseados. El primero, conformarse con lo que hay: un puesto de trabajo mal pagado y con el que, muchas veces, no nos sentimos a gusto; total, chamba es chamba. El segundo, migrar a tierras más promisorias en busca de mejores posibilidades de vida.

SEXO, SEXO, SEXO

Imposible pensar en esta etapa de la vida sin relacionarla con el despertar sexual. Ciertamente, este se inicia mucho antes de cumplir los veinte años, pero es en esta etapa en que la actividad sexual se intensifica. ¿Los jóvenes siguen manteniendo su virginidad al cumplir veinte años? Pues no, al menos no la mayoría. Un estudio realizado en el año 2002 indica que

todo si pasaste tus años mozos en un colegio religioso en el que hacen la terrible distinción de género. Aún recuerdo cuando, durante el primer año de universidad, conocí a un grupo de chicas egresadas de un colegio religioso de mujeres. Parecía que no sabían qué hacer con tantos hombres a la vista, ávidos por iniciar una galante conversación. Para cuando habían cumplido veinte años, más de una había sido presa de sus calores internos. Y antes de que lo fueran, siempre comentaban que de ninguna manera iban a ser vírgenes para cuando llegara el cambio de base.

Graciosa situación también cuando, hace poco, otro grupo de amigas (unas criadas de manera menos represiva) convertían a una equis en blanco de la mofa del grupo por seguir siendo virgen a sus veintidós años. Sí, de cualquier manera existe presión social: si lo eres o si no lo eres. Depende de con quién converses. Porque, inevitablemente, existe un pensamiento persistente en aquellos de esta edad: "Sexo, sexo, sexo". También será siempre un tema que resulte socialmente ambivalente: qué bien se disfruta, pero cuánto se quiere ocultar.

Dicen que la esperanza de vida en nuestro país es de sesenta y cinco años en promedio. Esto quiere decir que, estadísticamente, tenemos algunos años por recorrer. Años en los cuales tendremos que seguir lidiando con los avatares de siempre: política, trabajo, sexo. Resumen crudo de la vieja fórmula de la felicidad: dinero, salud y amor. Todo depende de cómo se mire y se maneje la cosa. Para algunos, como dice Brian Molko, estos años venideros serán más llenos de esperanza. Difícilmente serán más duros. Pero nunca más dorados. ¿Cuándo, si no, nos llenaríamos de historias dignas que provean a novelas, conversaciones o artículos?

Notas:

¹ Encuesta del Instituto de Opinión Pública de la PUCP. Agosto 2007.

² <http://www1.inei.gob.pe/web/BoletinFlotante.asp?file=7072.pdf>

³ El documento completo puede ser consultado en línea en <http://www1.inei.gob.pe/biblioineipub/banco-pub/est/lib0181/indice.htm>

⁴ Raguz, María. *Salud sexual y reproductiva adolescente y juvenil: condicionantes sociodemográficas e implicancias para políticas, planes, programas e intervenciones.*



La 'China' Ruth

(O Petición de una banqueada a su capitana)

TEXTO Y FOTOS LORENA CHAUCA
FOTOILUSTRACIÓN RICARDO HUÁNCA

4 de noviembre del 2006, cinco de la tarde. Coliseo Gran Chimú, Trujillo.

Es un mate más que el bloqueo no alcanza y el árbitro pita para indicar el final del partido. Hemos perdido el título nacional universitario frente a la Universidad Vallejo.

La orquesta toca una marinera, el público aplaude al equipo trujillano. Las norteñas se abrazan y gritan. Y aunque el Chimú es un remolino de emociones y ruido, hay un llanto que se escucha sobre todo lo demás.

Es el llanto de la 'China'.

Ruth Tay Wo Chong Portocarrero es, como sus apellidos sugieren, hija de padre chino y madre peruana. Es ingeniera, egresada de la PUCP —con tesis en camino—, capitana de la selección de voley desde hace muchos años e integrante de las selecciones de Lima y Pueblo Libre. Además, ha sido campeona infinidad de veces como jugadora del Aelu, Akira Kato y ahora en Latino Amisa.

Y el año pasado, a sus veintiséis años, fue elegida la mejor deportista de la universidad.

Pero todo lo mencionado no le hace justicia. ¿Quién es la 'China', en verdad?

Lo primero que hay que decir es que no es fácil quererla, como pasa con todas las personas a las que vale la pena conocer.

A mí me tocó conocerla como espectadora en un partido contra la Universidad de Lima. Todo iba bien cuando, de pronto, el partido se detuvo.

—Usted está loco —gritó una furibunda china de piernas envidiables. Gritó al árbitro como quien grita a un cobrador de combi. Y dando la espalda al del pito, regresó a su posición como si nada hubiera pasado.

Después me daría cuenta de que esto suele suceder. La 'China' es una bomba que puede explotar en cualquier momento, y los árbitros no son sus únicas víctimas: también están los jueces de

línea, el entrenador, sus compañeras de equipo, y de vez en cuando, la selección de voley masculina. Y aunque para algunos soportar gritos a cada rato parezca insoportable, no siempre lo es. No son aires de superioridad los que la mueven, sino verdadera pasión por lo que hace. La he visto jugar después de trabajar horas de horas y entrenar ojerosa. Ha jugado partidos lesionada, y aun entonces lo ha hecho con el alma.

Esta pasión, sin embargo, se está acabando, pues la 'China' se va. El próximo partido será su último nacional, uno más que esperará ganar. Porque, como en toda historia real, en esta tampoco se gana. La PUCP nunca ha campeonado en voley damas; el máximo galardón que tiene es el de subcampeón nacional. Solo hace pocas semanas nuestro equipo perdió el Torneo Metropolitano frente a la UTP.

La 'China' llora de frustración cuando se pierden los partidos, incluso los amistosos. Grita (*nos* grita) y se sume en un silencio absoluto. No es que el equipo sea malo; es porque, como dice Aymé Urbina, seleccionada PUCP, "a la 'China' no le gusta perder nunca".

La 'China' es también, si no lo habían notado ya, una madre, dejando cursilerías de lado. No es una madre al estilo hollywoodense; es más bien una madre "de a de veras" (como decía el Chavo del Ocho).

Es de las que gritan y te hacen pasar roches (por ejemplo, si conversas con algún chico de futsal, con tu amigo el basquetbolista o el de voley masculino, te gritará sin el menor remordimiento), de las que te visten (por ejemplo, todos los años nos manda a hacer polos con nuestros nombres) y te ponen cara



fea (por ejemplo, cuando cuentas chistes de alto calibre).

Pero madre es madre. Lo fue sobre todo para Andrea y para la 'China' Chechi, que 'sufrieron' el ser sus hijas en esas dos semanas que estuvimos en Trujillo. Mientras que en mi cuarto la relación con mis compañeras era de *roommates*, el de la 'China' era un cuartel con una madre y dos hijas. Según Andrea Cáceres, "la 'China' es como la familia, te puedes pelear, rabiar y hasta odiarla, pero es tu familia y por eso la quieres".

En ese viaje, Chechi (Cecilia Paniagua, líbero de la selección) tomaba una pastilla diaria, y la 'China', a la hora del almuerzo, siempre empezaba: "Chechi, ¿y tus pastillas?". También estaban los típicos: "Usa tu crema", "¿Te pusiste el *lipstick*? Mira que después se te pela la boca".

Fue justamente en Trujillo, en plena final, cuando Chechi empezó a llorar desconsoladamente. Los nervios le habían jugado una mala pasada.

Al terminar el partido, las dos chinas se abrazaron llorando. La 'China' menor, que en verdad es de origen japonés, explotó en lágrimas como hace una hija con su madre, sabiendo que con la 'China' mayor su llanto estaría seguro.

Solo entonces me di cuenta de lo imprescindible que era, que eres. No por tu nivel táctico sino por lo que significas para tu equipo.

He ahí la razón por la que escribo: para decirte algo antes de que te cases, antes de que te conviertas en una verdadera madre y tengas verdaderos hijos. Te pido algo en nombre del equipo:

No te vayas, 'China', no te vayas...



Akio Tamashiro

Cuando el éxito es una consecuencia y no una obsesión



TEXTO PABLO TIMOTEO

“El fin de semana no puedo”, “Nos vemos a las diez en el Peruano-Japonés”, “Lo siento, el martes a las ocho en el gimnasio”. Es casi inubicable por estas épocas. Por fin, le sobran unos minutos y le robo algunos más.

Es un martes frío; ha llovido en la madrugada y chirrían las calles aún dormidas. Entonces sale el campeón.

“Dame un minuto y me cambio”. Como todas las mañanas, Akio Tamashiro prepara su espíritu y su físico arduamente. Para muchos, amanecer todos los días para ir a trabajar es una cuestión de supervivencia; para Akio, su trabajo es una forma de vivir. Su trabajo es su filosofía.

Vuelve a salir del gimnasio y saluda al anciano de la puerta, al guachimán de casaca militar, a los jóvenes que entrenan en el mismo edificio. Todos lo miran con respeto y él los mira con humildad. Con esa misma mirada sencilla pisó por primera vez un *dojo* de karate. Apenas tenía cuatro años: era inquieto, travieso, y don Jacinto, su padre, lo llevó con el sensei Héctor Lizano para que le enseñara a canalizar sus bríos.

Lo más importante que aprendió de su gran maestro no fueron los golpes elegantes y firmes, ni la danza de combate que lo ha llevado a ser campeón panamericano y el número dos del mundo. “Los valores son lo más importante. Mi maestro me dio confianza desde la primera clase. Me dio seguridad”. Con su sensei llegó hasta cinturón negro cuando solo tenía ocho años; entonces, Héctor Lizano se fue a radicar en Venezuela, no sin antes aconsejar otra vez al hiperactivo Akio, su querido alumno, en quien se veía reflejado. “El sensei dejó una muy buena base

para que yo siguiera y mantuviera la línea, la filosofía que él había encaminado en mí”.

“Conversemos en el carro: hace mucho frío”. El campeón pasa frente a mí. Si uno lo ve por la calle no pensaría que está viendo a uno de los más grandes deportistas que ha parido el país. Tiene la talla de un peruano promedio, los ojos somnolientos y el cabello peinado hacia un lado, pero de cerca, su andar es ligero, su voz segura y su apretón de manos muy consistente. Mira por el espejo retrovisor —adornado por un rosario— y se pone cómodo.

—**Ayer fue su cumpleaños. ¿Cómo lo pasó?**

—*Bien, entrenando y trabajando.*

Ese es su camino, el trabajo y la constancia, hasta en las festividades. A los quince años ya era campeón del Panamericano Juvenil y ya sabía que el *katá* era su especialidad. El karate tiene dos vertientes: el *kumite* —que es el combate cuerpo a cuerpo— y el *katá*, un combate imaginario con estética marcial. Cuando llegó a la selección, Akio se inclinó por enfrentarse a sí mismo y superarse.

Su maestro no fue el único que le señaló el camino correcto. Su padre se encargó de formarlo en su hogar, pero coincidentemente también tuvo que partir cuando el aún era un niño. La crisis que sacudió al Perú en la década de 1980 llegó al seno de la familia Tamashiro y don Jacinto tuvo que dejar a sus tres hijos y a su esposa y viajar a Japón para poder sacarlos adelante. “De pequeño no lo entiendes, te parece injusto, pero

cuando vas creciendo empiezas a valorarlo, y es una parte de mi crecimiento en la que tuvo que ver mucho mi madre para que, en ese momento, a falta de padre, ninguno de los tres hijos que ella tenía se descarrilara”. Con orgullo, cuenta que sus hermanos son exitosos ingenieros, y aunque no lo dice, él también es un profesional, pues estudió Administración de Empresas y Educación Física.

Pentacampeón nacional juvenil, pentacampeón panamericano. Uno supondría una vida con muchas restricciones, pero nunca las tuvo. Vivió como un chico normal: compartía sus estudios en el colegio con la selección nacional; era muy seguro de sí mismo y el líder de su grupo. “Me siento un privilegiado por los amigos que tuve, por la vida que tuve, por los resultados, que fueron consecuencia de mi formación”.

—**Usted tiene antepasados japoneses: es Tamashiro Noborikawa. ¿Se siente cien por ciento peruano?**

—*Tengo muchos años compitiendo, ganando. Soy cien por ciento peruano.*

Sin embargo, no duda en destacar la importancia de sus antepasados orientales. “Definitivamente las raíces que tengo son muy importantes, porque los japoneses se caracterizan por levantarse después de las caídas y ser mejores. Es algo que tengo arraigado de mis antepasados”. Pero sí, la peruanidad la destila por los poros, y para probarlo, me remito a una anécdota que le contó a Enrique Higa Sakuda en una entrevista para IPC Digital:

—*Recuerdo un campeonato en Estados Unidos [en el año 2002]. Yo era campeón panamericano en ese entonces. La federación estadounidense me había invitado para que enfrentara a su campeón nacional, que iba a salir en ese momento. También habían invitado a la Federación de España de combate [...]. En la inauguración no tenían el Himno peruano. Al equipo español le pusieron su sinfonía; el equipo estadounidense completo, en medio del coliseo enorme, frente a miles de espectadores, cantó a capella su himno. Y a mí me dieron el micrófono para que cantase el Himno Nacional.*

Cuando lo empecé a cantar, [viví] la emoción tan grande que uno siente al cantar su himno... Después empezó la competencia y le gané al estadounidense. Entonces, cuando me retiraba a las gradas, cinco o seis peruanos se me acercaron. Imagina la emoción que ellos sintieron al escuchar su Himno Nacional cantado por un peruano representativo, y que había ganado justo en ese momento.

Ha defendido innumerables veces la casaquilla peruana y ya ha sumado más de una veintena de títulos a lo largo de su carrera, aunque sus más importantes logros fueron el segundo lugar en el Mundial de México (2004) y el tercer lugar en el Mundial de Finlandia (2006).

Hace poco cumplió un sueño muy grande: el gobierno le otorgó los laureles deportivos en grado de Gran Oficial y su nombre quedará perennizado en las afueras del Estadio Nacional. “Presentía que mi nombre en algún momento iba a estar ahí, porque siempre que pasaba por el Estadio Nacional mi mamá

me decía: ‘Mira, hijo, ahí están los mejores deportistas y sus nombres quedan inmortalizados para siempre’. Entonces tenía esa idea. Desde los cinco años quería ver mi nombre en el Estadio Nacional”.

Todo lo ha alcanzado a partir de su esfuerzo y el de su familia. Como la mayoría de los deportistas peruanos, nunca contó con el apoyo del Estado, y tampoco de las empresas, pues, como él reconoce, el karate no es un deporte popular, tanto así que su nombre es más conocido en el extranjero que en su patria. Pero Akio Tamashiro no reniega de ello: dice que nunca se sintió frustrado por tocar puertas que no se abrieron, y que siempre ha amado el deporte. “El que se forma, se forma porque quiere ser mejor”.

Sin embargo, sabe que si tuviera el presupuesto que manejan sus contendientes europeos, probablemente ya habría sido campeón mundial. También sabe que hay otras prioridades en el Perú: que la educación está primero, que la alimentación está primero, que la salud está primero. Aunque lamentablemente no se encuentren aún las soluciones adecuadas. “Por eso, los casos de triunfos en el deporte peruano son muy aislados”.

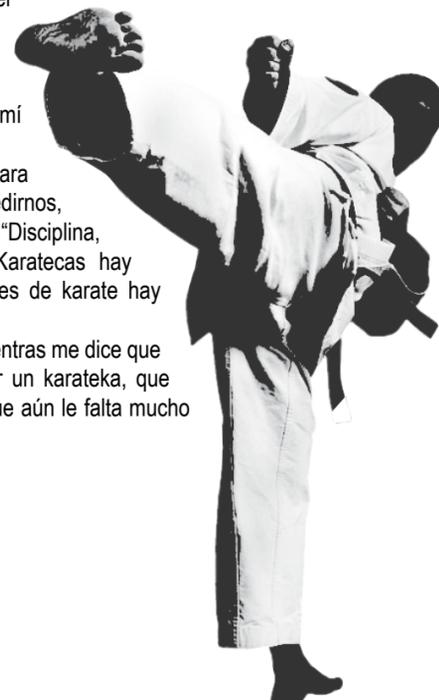
—**¿Su próximo objetivo es ser campeón mundial en Japón 2008?**

—*Claro. Si se da, en buena hora, y si no se da, pues no se da. La fe me ha llevado a conseguir cosas y confiar en mis capacidades, en el apoyo de mis amigos, de mi familia, y de Dios, sobre todas las cosas.*

No idealiza nada. Siempre se pone metas altas, pero no se obsesiona por ningún rival ni por ninguna medalla. Hasta hoy todo ha caído por su propio peso: por el trabajo. Sigue entrenando duro y también entrena a sus niños, a sus alumnos, que son más de doscientos. Es su disfrute. Ya no es el mismo chiquillo que hacía palomilladas con sus amigos: ahora tiene veintiocho años. Es el campeón peruano. Ahora transmite todo lo que aprendió con la misma dedicación con que Héctor Lizano le enseñó. “Estaría encantado si un alumno mío llegara a ser campeón mundial. El sensei Lizano fue sexto del mundo, yo he llegado a ser segundo; por tanto, un alumno mío tendría que superarme y ser campeón del mundo. Así, la meta también puede ser ajena, a través de un alumno. Yo estoy seguro de que muchos alumnos míos pueden lograrlo. Sería para mí una realización como persona”.

Vuelve su amigo y Akio debe irse para seguir entrenando. Antes de despedirnos, le pido la definición de un karateca. “Disciplina, constancia y fuerza de voluntad. Karatecas hay poquitos en el mundo; practicantes de karate hay muchos”, me responde.

Nos damos un apretón de manos, mientras me dice que su meta más grande es llegar a ser un karateka, que las medallas no le dan ese título y que aún le falta mucho camino por recorrer.



Alarcón peruano de ningún lado

Hermano yanqui dame la mano, / I am a sick hispano brother of mine/ give me your hand, I am hispano/ culto, loco, blanco y chiflado./ **A. Calamaro. Enola gay**

“No aparecemos en el mapa, tontito”. Norma trata de explicarle a Víctor, ese pequeño niño de ojazos despiertos. Norma es la ley en esa ciudad de guiños y de vacíos, de fantasmas y desaparecidos. La ciudad de la novela de *Radio Ciudad Perdida* (*Lost City Radio*) cincela la realidad/ficción (binomio inseparable) posapocalíptica de una guerra civil que desangró y hundió a sus ciudadanos en la ignominia, en un radio de acción oscuro, perdido e ignoto. Daniel Alarcón es peruano y joven. Además, es profeta fuera de su terruño. Digamos, y ya es bastante meritorio, que triunfa fuera, en el extranjero. No dirige un restaurante de comida criolla en Tokio ni mucho menos anota goles de rabona en alguna liga desconocida. No. Daniel Alarcón es escritor. Se parece al argentino Calamaro y, cada vez que visita Lima, viene con un libro para publicar bajo el brazo. Escándalo: escribe en inglés. ¿Cómo?!

Imaginemos al niño Alarcón recién nacido, allá en la Lima de 1977; despojado a los tres años de su cuna bajo nuestro cielo gris y subido a un avión rumbo a Alabama, en el imperio del norte. Años de educación en inglés hicieron de ese idioma su lengua literaria para cuentos y artículos. Solo mucho tiempo después, en el año 1995, sorprenderse del idioma español en Nueva York, capital cultural del mundo, y quizá preguntarse por ese país lejano, desconocido, del que hablaban sus padres y del que ahora urgía y que solo se materializaba en incógnitas. Ese país no aparece en el mapa, como dictó Norma. En estas latitudes meridionales solo lo conocemos, en esa extrañeza inversa, desde el año 2006, cuando aparece traducido al castellano su primer libro: *Guerra a la luz de las velas* (*War by candlelights*), una colección de cuentos.

Desde el bautizo, el título del libro nos transporta a esa cotidianidad inquieta e incierta que vivimos en décadas pasadas, donde cualquier estrépito era la premonición de un coche bomba o de una torre de electricidad por desplomarse, lo que garantizaba, sin duda, horas sin luz, a oscuras, intuyendo los rostros en la penumbra junto a la débil llama de unas velas de mechales delgadas. Las historias presentan el desfile de personajes marginales, desarraigados, subalternos, llegados, exiliados tanto en Nueva como en San Juan de Lurigancho. En todo lugar me siento incómodo y en ningún lugar me siento a gusto,

pareciera ser la sospecha de aquellos individuos. Todos ellos, verosímiles hasta en la tragedia y el desamparo, en la ficción nunca telenovelada: como el protagonista de “Ciudad de payasos”, periodista trashumante y ‘re-ambulante’ que, disfrazado de payaso, reviste su trayectoria de tropiezos y desaciertos con humor y una pantomima triste, melancólica e irónica.

En esta primera entrega, el Alarcón creador construye sus ficciones bebiendo de su realidad, también de sus períodos y periplos en Lima, cuando a su regreso como antropólogo, en el año 2001, la ciudad lo recibió con sus brazos y fauces abiertas (“El movimiento de la ciudad era como el de un bosque: las cosas se percibían primero con el oído y luego con la vista, todo era invisible y sombrío, era un lugar lleno de murallas”). Además, puede soltarse de las amarras que lo sujetan y desarrollar como exorcismo o psicoanálisis esa preocupación que lacera: ¿Qué pasó en ese Perú de los ochentas y noventas, embriagado de violencia, escindido, enfrentado y convulso? Como declara el mismo Alarcón en una entrevista: “Cuando se está lejos, solo se recuerda lo bueno. Es natural que un inmigrante sienta eso, pero la violencia, en un momento, ya no nos permitió esa ilusión”. Frente a ese vacío, la escritura se vislumbra como un paliativo eficaz. Lo importante es que la historia se está contando. En palabras del autor, que recuerdan la necesidad de un país que reconozca sus literaturas fundacionales y lo acercan a una filosofía de recuperación de la memoria: “Es natural que una sociedad quiera olvidar, y el país de la novela parece inmerso en esa amnesia colectiva, pero en realidad, en la medida en que podemos nutrir la memoria de la violencia, aprender lecciones y contar las historias para no repetir las, estaremos mucho mejor”.

En su primera novela, *Radio Ciudad...*: “Hace diez años que la guerra civil ha terminado en un país sin nombre de América Latina. Mucha gente ha desaparecido y la ciudad se ha transformado desordenada y dramáticamente. El gobierno ha liquidado brutalmente a un movimiento guerrillero”. La temática de la violencia política sigue palpitando, pero al ser un relato total, redondo y extenso, adquiere la categoría de metáfora. La realidad que a lo largo de casi cuatrocientas páginas va tejiendo fino, se esconde dentro de otra mucho más global. Un país

latinoamericano como cualquiera, con ciudades que perdieron y olvidaron su nombre, con individuos que viven en el anonimato, con programas que buscan a gente (donde *nadie* conoce a *nadie*) y propician encuentros, son características que no circunscriben la novela solo a estas coordenadas tropicales. A otras regiones que vivieron similares fenómenos de guerras civiles y de postguerra (Chechenia, Beirut, Eritrea, etcétera), les tocó un azar similar y trágico: ciudades devastadas, atrapadas en la zanja perpetua de la diferencia, de la distancia, espacios que crecen irrefrenables en la vorágine de masas de individuos que no se encuentran, no se reconocen y se pierden en neblina y bruma. Es por eso que la novela adquiere connotaciones de fábula globalizada que se deja adoptar, palpar y masticar.

WHAT KIND OF LATINO AM I?

Esa la pregunta y el título de un artículo de Daniel Alarcón. En el artículo (escrito en inglés) narra el episodio que le tocó sufrir en medio de una reunión de beneficencia que congregó a varios artistas en Nueva York. Una inquisidora y corrosiva señora, sentada al lado del escritor, no se detenía en reparos y lo abordaba con una seguidilla de preguntas. Si sus padres fueron ilegales, si proviene de algún suburbio marginal en algún pueblito o ciudadela del Tercer Mundo, de dónde provenía su apellido tan exótico que le recordaba a un condimento igual de exótico, dónde quedaba el Perú, y si su vida había sido lo suficientemente sufrida para convertirse en un “*latino writer*”. Casi acostumbrado respondió que sus padres son profesionales, legales y que incluso leen libros: “Soy un escritor que creció en los barrios residenciales y fue a un colegio privado costoso”. No terminaba de responder, y la tierna señora ponía un rostro de entrañable compasión mientras seguramente pensaba: “*That is so topical. Like Al-Qaeda*”. ¿Por qué decepciona mi educación a la gente?, se pregunta Alarcón. Y es que el prejuicio hacia la procedencia de un individuo ajeno en sociedades del Primer Mundo es atroz. El desconocimiento deja lugar a los más surreales estereotipos. Y es que el autor/creador no es valorado por recrear mundos distintos del suyo o porque pueda demostrar cierta prestidigitación y empatía, pues si esa realidad ficcionalizada se parece un poco a la vivida, deja de tener mérito, de ser considerada valiosa, y pasa a ese yermo territorio de la verdad sin méritos.

Alarcón partió pronto a los territorios del norte de este mundo. La chamba no era el impulso. Acaso la guerra tampoco lo fue en esos tempraneros años, y no lo convirtió en exiliado ni perseguido. Digamos que voluntario a los tres años, tampoco fue. Entonces, ¿qué es Alarcón? ¿Ciudadano? La teórica italiana Rosi Braidotti hace una distinción entre el nómada, el emigrante y el exiliado. Según ella, el primero “[...] no representa la indigencia ni el desplazamiento compulsivo, sino al tipo de sujeto que ha renunciado a toda idea, deseo o nostalgia de permanencia. Expresa el deseo de una identidad hecha de transiciones, translaciones sucesivas y cambios coordinados, sin una unidad esencial y en contra de la misma”. Podemos decir que Daniel Alarcón es un nómada, cuyo trabajo como antropólogo también lo llevó a recorrer realidades ajenas, desde África hasta Asia, solo para constatar que lo que vivía el Perú era síntoma de situaciones globales compartidas. Entonces, la Lima de sus relatos no es un análisis antropológico ni un manifiesto político (sí una literatura comprometida): es solo una “estructura de sentimiento”, la brújula sentimental y emocional de los individuos para ubicarse en un espacio. Claro, cruzar fronteras significa irse.

Daniel Alarcón agradece que en casa no le inculcaran ideas rígidas acerca de la nación. Resultado: un peruano atípico y marciano: un peruano que no cuestiona su peruanidad.

LA ENORME MINORÍA

Entonces, ¿qué representa Alarcón? ¿Una comunidad (latina) imaginada? ¿Un peruano del siglo XXI? En los censos de Estados Unidos, las opciones a la hora de elegir la ascendencia no van en correlación con el crisol de culturas y razas que alberga. La baraja se limita: ¿*spanish, hispanic or latin*? El término hegemónico todavía es hispano (que incluso se inventó dentro del capitalismo tardío para dirigirse a cierto sector del mercado), pero el crecimiento en términos relativos ha sido para el término *latino*. Digamos que caribeños (Puerto Rico y Cuba) reclamaban y reivindicaban al *hispano*. La gente de América del Sur pugna por el *latino power*.

Resulta innegable que el otro gran tema que recorre la obra de Alarcón es la migración. Cuestión que se tatúa en la piel de muchos y en la suya. Señores, la migración existe. Ahora se habla de migración transnacional. Según la Cepal, veinticinco millones de latinoamericanos y caribeños estaban fuera de sus países en el año 2005; es decir, el equivalente a un poco más de trece por ciento del total de los emigrantes internacionales.

En un coloquio celebrado en Quito, el geógrafo Jorge Durand comentaba un estudio estadístico (a pesar del gran porcentaje de migrantes ilegales e indocumentados que se calculan en 2004 entre 10,3 millones; de los cuales ochenta y uno por ciento son de origen latino) que mostraba que entre 1960 y 2000 la población de origen latinoamericano se multiplicó por cinco y pasó de 6,9 a 35,3 millones. Entonces, se estima que para el año 2050 la población latina se podría triplicar. Perú representa el 0,7 por ciento de esa población latina. Eso deja a las identidades nacionales —que operaron de manera tan marcada en el siglo XX— como algo obsoleto, y solo se habrán convertido en algo semejante a las diferencias regionales al interior de cada país.

Lo cierto es que conviven diversos tipos y motivaciones del migrante. Las hay voluntarias o forzadas, preparadas o improvisadas, transitorias o sedentarias, individuales o en redes, legales o clandestinas, etcétera. Lo que demuestra Alarcón al vivir y ser un ejemplo de esta situación que se experimenta —y que es irreprimible en la huella de su obra— es que los sujetos van desmoronando y diluyendo fronteras reales e imaginadas entre maniqueísmos y polaridades: occidental/andino, urbano/rural, moderno/tradicional, global/local. Ese nuevo espacio que se va construyendo es constantemente apropiado, redimensionado, representado, significado, reescrito y recreado. Y sí, a través de la literatura también.





No todo lo que es oro, brilla

TEXTO Y FOTOS RICARDO ICAZA
FOTOILUSTRACIÓN RICARDO HUANCA

Siempre he tenido el extraño deseo de querer ser reportero de guerra. Estar allí, donde vuelen más balas que pájaros, y poder dar una voz a quienes la metralla enmudece, son virtudes que me atraen sobremedida. Por ello, cuando me llegó una oferta para ir de fotógrafo con un equipo de periodistas a cubrir un conflicto minero en las alturas de Cajamarca, acepté el trabajo sin dudarlo.

Bueno, las dudas vinieron después. ¿Y si le pasa algo a mi cámara? ¿Y si me pasa algo a mí?! Desde el otro lado de la línea, mi interlocutor había mencionado que existían rumores de la presencia de remanentes senderistas y personas vinculadas a partidos de ultrazquierda, que tenían intenciones de tomar por la fuerza las instalaciones mineras a donde debía dirigirme. “Si quieres ser reportero de guerra —me dije— este será un buen calentamiento”.

Un día después, y tras culminar la última etapa del viaje (un durísimo camino de cinco horas en una cuatro por cuatro equivale a trescientas patadas en los riñones), estábamos finalmente en el escenario prometido, el cual distaba mucho de lo que había imaginado allá en la metrópoli gris. Las versiones que llegan a la capital —como comprobaría en las horas siguientes— suelen estar muy alejadas de la realidad.

VALLE BRAVO

Cerro Mogol se encuentra a solo cinco horas de Cajamarca, en el distrito de Jesús, pero es territorio brasileño. Es la parte más alta de una concesión de trece mil hectáreas desde donde es posible observar el hermoso valle de Condebamba, paraíso agropecuario productor de diversas frutas, excelente carne de res y leche de gran calidad, que provee a importantes industrias como Gloria y Nestlé.

La Morada es el nombre de este proyecto minero que desde hace tres años administra la empresa Miski Mayo, subsidiaria del gigante brasileño Vale do Rio Doce. Este emporio posee yacimientos en todo

el mundo y se especializa en la producción de oro, manganeso, y sobre todo, cobre. Su presencia en Cajamarca había pasado desapercibida hasta que todo cambió en mayo pasado, cuando se inició la explotación luego de encontrarse oro.

Como pudo constatar el diario *La República* en su edición del pasado 1 de julio, comuneros de la zona se acercaron a las instalaciones del proyecto para observar qué actividades se estaban realizando, pero fueron repelidos por individuos armados. Se comprobó luego que estos ‘guardianes’ eran sujetos con antecedentes penales, bajo cargos que iban desde robo agravado hasta homicidio.

Desde entonces, la tensión en la zona no ha hecho más que crecer. La negativa de la empresa a dar explicaciones a los comuneros sobre su accionar en Condebamba, y la sustitución de los polémicos guardianes por efectivos de la policía solo han alimentado la preocupación de los pobladores frente al riesgo de ver afectadas sus actividades agropecuarias.

Preocupación totalmente justificada, pues la concesión brasileña se encuentra en la cabecera de la cuenca del río Cajamarquino, elemento vital para la sostenibilidad de las actividades tradicionales del valle. Y es este el problema más espinoso de todos los que acarrea la presencia de esta minera, pues no es solo la potencial contaminación del agua lo que está en juego, sino el uso de la misma.

EL DIÁLOGO NEGADO

Bajo un cielo azul que nunca se verá en la capital, alrededor de trescientos comuneros de la zona permanecían de pie frente a las instalaciones de Miski Mayo. Aquel último nueve de agosto se habían acercado, en un intento desesperado por conocer lo que estaba ocurriendo allí. Ningún representante de la minera salía a su encuentro. Por el contrario, un destacamento policial les impedía el ingreso a tierras que desde hace décadas son suyas.

Las armas de los policías que protegían los intereses brasileños eran lanzagranadas lacrimógenas, escopetas retrocarga y pistolas. Las armas de los supuestos ‘senderistas’ y ‘personas que querían tomar la minera por la fuerza’ eran pliegos de cartulina con mensajes de contenido ambiental, defendiendo la vida y rechazando la contaminación. No querían violencia: querían ser escuchados.

Tras horas de tensa negociación, la policía permitió el ingreso a un grupo de diez representantes para que constataran qué actividades se estaban realizando allí. Cuando se dirigían a la plataforma de exploración, decenas de comuneros empezaron a descender por las faldas del Cerro Mogol, amenazantes, con sus hondas al hombro, haciendo caso omiso del acuerdo pactado con la policía.

Sin embargo, sus hondas nunca se despegaron de sus espaldas. No lanzaban ningún tipo de proyectiles, solo cánticos y vivas de oposición a la explotación

continúan generando drenajes ácidos dos mil años después de su explotación.

La lixiviación con cianuro se encuentra prohibida en países como Estados Unidos, Turquía, Grecia o República Checa, entre otros. Por eso no es de extrañar que las principales actividades de los países productores de oro estén concentradas en países pobres, con bajos costos de producción e insuficientes estándares legales y de control, como el nuestro.

ESPERANDO UNA RESPUESTA

Apostados en las faldas del cerro Mogol, los comuneros improvisaron un cabildo abierto. Los dirigentes exponían sus posiciones y las medidas que tomarían de no concretarse un acuerdo. Sus ideas eran clarísimas, al igual que sus argumentos. Las soluciones inmediatas no contemplaban acciones violentas: solo manifestaciones pacíficas, como permanecer indefinidamente allí, esperando que la minera se abriera al diálogo.

minera. En los caminos del cerro se repartían plátanos y panes entre ellos, para recobrar las fuerzas perdidas en la larga caminata iniciada horas atrás para llegar hasta allí. Los numerosos pliegos de cartulina de diversos colores conformaban ahora un paisaje pintoresco en las faldas del cerro Mogol, una suerte de gigantesco *collage* conservacionista.

Al final del camino se encontraba un enorme taladro de aproximadamente ocho metros de altura, presto a perforar la montaña. No encajaba en el paisaje, como tampoco lo hacían los numerosos ‘robocops’ enviados desde Lima para proteger los intereses extranjeros, y, por el despliegue policial realizado, también los del gobierno. Tras inspeccionar los avances de la exploración, los comuneros retrocedieron, pero solo unos metros.

LOS RIESGOS DE UNA DORADA EXPLOTACIÓN

La minería aurífera es, sin duda, una de las más contaminantes. El procedimiento más utilizado en países como el nuestro, donde la legislación ambiental es letra muerta, es la lixiviación por solución de cianuro de sodio. Si bien este método de extracción no es el único, disuelve el preciado metal —separándolo del mineral que lo contiene— con una alta tasa de recuperación.

Este procedimiento precisa de una gran cantidad de agua que, muchas veces, no se encuentra cerca del yacimiento. Es el caso de Cerro Mogol, donde interminables mangueras negras ya han sido instaladas y se expanden como tentáculos por el valle en busca del vital elemento, listas para succionarlo de fuentes naturales imprescindibles para la agricultura y la ganadería.

Luego de la lixiviación, las soluciones de cianuro de sodio generan drenajes ácidos que son absorbidos por el suelo y contaminan las aguas subterráneas, que desembocan en las partes bajas del valle. En Gran Bretaña, minas del antiguo Imperio Romano

Los puños en alto, las respuestas a viva voz, la imagen del Che bordada en gorras y camisetas. Habitantes de los distritos de Jesús, Pedro Gálvez, Cachachi, todos reunidos allí, a más de tres mil metros de altura, bajo un sol inclemente, con un ideal común: salvar sus tierras de la contaminación inminente que supondría la explotación de oro en el hermoso valle donde habitan.

Yo no podía evitar escucharlos con admiración. Gente a la que su propio Estado considera ‘atrasada’, con intenciones de llegar a un acuerdo para conservar la región en que viven, frente a una minera y un gobierno que no escucha ni da la cara, que pretenden actuar como los antiguos conquistadores, sin pedir permiso, atropellando al indígena. Ante este espectáculo, no podía evitar preguntarme quién era el atrasado aquí. Llegó la hora de partir a Cajamarca. Los comuneros, mientras tanto, se preparaban a pernoctar en cerro Mogol. Unos se encargaban de las provisiones para el grupo, otros de conseguir abrigo, todo por una sola causa. En la vera del camino, muchos niños nos hacían adiós sonrientes, otros pedían que los lleváramos. Cientos de metros atrás, muchos de sus vecinos, bastante mayores que ellos, se disponían a iniciar un gran sacrificio para que pudieran seguir sonriendo.

CONTAMINACIÓN SOSTENIBLE

Los productos de la minería han sido siempre los mismos: envenenamiento de personas y consecuente violación de derechos humanos, deforestación y degradación de los bosques por la pérdida de suelos, emisiones de polvo y desechos tóxicos al ambiente, contaminación de las aguas. Costos demasiado altos para beneficios a corto plazo, frente a impactos ambientales y de salud a largo plazo.

Revisemos la historia: Zacatecas y Guanajuato en México, Potosí y Sucre en Bolivia, Ouro Preto en Brasil. Todas fueron ciudades que vivieron un progre-

Cifras doradas

- Para producir una tonelada de oro se requiere procesar 300 mil toneladas de mineral, equivalentes a una pequeña montaña¹.
- Ochenta y cinco por ciento de la producción anual mundial de oro se destina a fabricar alhajas¹.
- Las reservas de los bancos y las instituciones financieras internacionales mantienen más de treinta y cuatro mil toneladas de oro, suficientes para cubrir la demanda mundial².
- En el año 2016, cerca de la mitad de la producción de oro provendrá de territorios usados o reclamados por pueblos indígenas³.



so explosivo de la noche a la mañana por sus riquezas minerales. Iglesias, obras de arte, crecimiento demográfico, todo duró tanto como los metales. Fueron las regalías de ese entonces. Lo que perdura, hasta el día de hoy, es el daño ambiental.

Realidades mucho más cercanas: la ciudad de La Oroya ha sido incluida por segundo año consecutivo en el ranking de los diez lugares más contaminados del planeta, lista que encabeza la localidad ucraniana de Chernobyl. Al sur de Nasca, en San Juan de Marcona, una pseudo albufera de color fucsia, producto de los residuos de la explotación del hierro, se encuentra descubierta a escasos kilómetros de Punta San Fernando, lugar de veraneo de los cóndores andinos.

FALTA DE COMUNICACIÓN, EXCESO DE AMBICIÓN

Durante siglos, la ignorancia ha sido un mecanismo para mantener sometidos a los pueblos. Ahora las cosas son distintas, pero las mineras pretenden creer que ellos son 'atrasados' y necesitan el desarrollo que el capitalismo les ofrece. Grave error: los pueblos deben ser informados. Si las empresas no toman conciencia de esto y continúan actuando a espaldas de las poblaciones locales, generarán situaciones de conflicto cuya única consecuencia será la violencia.

La minería sostenible no existe; sin embargo, el poder político y económico de estos gigantes mineros es tal que pueden manipular a los medios de comunicación, por lo que no es de extrañar que la opinión pública suela tachar de comunista o chavista a todo aquel que se oponga a la explotación minera, así sean comuneros que en su vida han tenido relación con partido político alguno.

Con argumentos engañosos bajo el título de desarrollo sostenible, se ofrecen carreteras, colegios y hospitales a las poblaciones 'pobres' de los alrededores de los yacimientos a cambio de explotar sus tierras.

Pero, ¿realmente son pobres? ¿Necesitan desarrollo? La vida que llevan ha sido, es y será sostenible. A su manera, pero es sostenible. El desarrollo, no nos engañemos, no es para ellos.

Además, nuestros gobernantes, auténticos felipillos del siglo XXI, no solo permiten el libre accionar de estas ambiciosas empresas, sino que incluso defienden sus intereses como propios. Aprobando leyes como la regulación de las organizaciones no gubernamentales o el impedimento a las autoridades de fomentar manifestaciones, crean escenarios perfectos para que las mineras se paseen como en su casa, dejando a las poblaciones locales totalmente indefensas frente al abuso.

Según estudios de la importante ONG británica Panos, especialista en temas de diálogo y desarrollo sostenible, las reservas de oro que se guardan en los bancos e instituciones financieras del mundo son suficientes para cubrir las demandas del precioso mineral. Por otro lado, los avances de la ciencia han permitido hallar sustitutos más baratos para este metal en industrias como la medicina dental, la electrónica y la informática.

Estamos, pues, frente a un escenario casi exclusivamente generado por la codicia. Es cierto que la humanidad necesita minerales, pero no es posible que el consumo excesivo de ellos para el desarrollo de una parte de la humanidad tenga como costo la destrucción de los lugares donde vive otra parte de la humanidad.

La Tierra no es una herencia de nuestros padres sino un préstamo de nuestros hijos. Si no somos conscientes de esto, como sí lo son los comuneros de Condebamba, nuestra descendencia recibirá un planeta agonizante. Los gobiernos y los empresarios mineros deberían aprender de aquellos a quienes consideran 'atrasados' y generar instrumentos de comunicación efectivos, pues si no llegan a un acuerdo con ellos, no solo perderán los agricultores y ganaderos: perderemos todos.

Casapalca después de la huelga

En Huarochirí, a cuatro horas al este de Lima y a más de 4 000 m.s.n.m., el pueblo de Casapalca vive los días después del fin de la huelga y del enfrentamiento del 15 de junio que cobró la vida de dos mineros y una niña de un año. Esta historia es el resultado de lo que se encontró en los días de agosto después de la huelga.



TEXTO Y FOTOS ALEXIS HUACCHO

Entre los cerros rojizos cubiertos de ichu, las casas techadas con planchas de metal oxidado reciben la lluvia helada y el humo de los camiones que pasan por la Carretera Central. "Claro, búscame no más, di que eres mi primo, porque si dices que eres estudiante o que vienes a investigar puede que no te dejen entrar. Sobre los muertos, por ahí he escuchado comentar a algunos compañeros", advierte Félix Ticona, minero que viajó conmigo desde Lima ese mismo día. Lo veo irse por una calle que termina en rejas, la altura no permitió que nos volviéramos a encontrar.

"HOSTAL DON LUCHITO"

Lo primero que vi al llegar fue el nombre pintado con rojo en la pared de esta pensión de dos pisos, de cuartos pequeños alquilados a diez soles por día. Don Lucho y su esposa hospedan a todo visitante.

Don Lucho es un minero que se retiró hace diez años y recuerda los tiempos de Velasco como los mejores. Al conversar con él, su rostro toma un color rojizo, como los cerros que rodean el pueblo. "Carajo, me dan pena los mineritos: ganan una miseria, los tratan como esclavos, duermen en unos cuartuchos y lo poco que ganan se lo vienen a gastar a la cantina y así viven". Finalmente "aquí tiene que correr sangre, hijo, no hay otra solución", me

dice con un tono mezcla de resignación y melancolía; habla además del poco poder que tienen los sindicatos, ahora que los mineros trabajan por contratas "por culpa de Fujimori", dice.

CASAPALCA: EL PUEBLO Y LA MINA

En el 2005 Casapalca tuvo un ingreso total superior a 138 millones de dólares. Considerando la evolución de este sector, esa suma puede haberse duplicado. Según las proyecciones macroeconómicas del Ministerio de Economía en los próximos cinco años se invertirán diez mil millones de dólares en el sector extractivo, de los cuales el setenta por ciento serán en el sector minero. Nuestra economía sigue subiendo. Pero Casapalca es un par de filas de casas viejas o a medio construir al borde de la carretera.

"Los mineros están en la calle, cualquiera que veas caminando por ahí, es minero. Aquí no hay agricultura, no hay ganadería. Aquí todos trabajan en la mina", me dice don Lucho cuando se le pregunta por la ubicación de los mineros.

Paseando por las casas y tiendas que están al lado de la carretera, hombres de rostros cansados y botas sucias caminan en cualquier dirección. Cada quince minutos pasa un tráiler dejando sus rastros de humo negro y su

1. Lester Brown "Eco-Economy: Building an Economy for the Earth" Earth Policy Institute – W.W. Norton & Co. NY 2001.
2. Mineral Policy Center "Cyanide Leach Mining Packet" 2000.
3. Panos Institute "The Lure of Gold – How Golden is the Future?" Panos Media Briefing No. 19 1996.

La minería no comunica

TEXTO SOFÍA PICHIHUA
FOTOS ALEXIS HUACCHO



olor amargo. Las mineras no solo extraen mineral, sino también millones de dólares. Sin embargo, exactamente al lado, este pueblo espera una mirada de quienes pasan inadvertidos por la Carretera Central.

En Casapalca parece haber una gran falta de comunicación entre la empresa y los obreros, quienes no saben mucho sobre los derechos que tienen como trabajadores. La excepción son los dirigentes sindicales, quienes a su vez tienen el mismo problema con los obreros. Fue esa falta de comunicación lo que ocasionó el levantamiento masivo de los mineros: ellos tenían un pliego de reclamos que no era escuchado.

Hoy hay sopa de trigo en el primer restaurante que visito y en cinco minutos de espera ya se enfrió. Un hombre joven se sienta a mi lado. “Eso debe ser pues, eso de la AFP eso que le llaman”, dice cuando le pregunto si tiene seguro en caso de que algún accidente le ocurra en la mina. Al tratar de explicarle me mira como si hablara otro idioma. “No, no sé, no sé, cómo será eso”.

Roberto, maestro perforista desde hace diez años, espera parado al lado de la carretera. Se va a ver a su familia. Mira al fondo de la carretera en espera de algún ómnibus. “Nosotros como siempre estamos mal (...) no hay buen sueldo, ganamos 25 soles al día, en cambio en Yauliyacu si ganan bien”. Al mes logra ganar 750, pero con descuentos, su sueldo queda en 400.

Para llegar a Yauliyacu hay que bajar las faldas de un enorme cerro. Allí, en el sector más antiguo de toda la minera, los obreros ganan por contrato entre 45 y 50 soles diarios y 80 por planilla. Ellos viven en mejores condiciones. El sector de Minera Casapalca es donde se realiza el trabajo más arriesgado y el menos pagado.

¿CAMBIOS DESPUÉS DE LA HUELGA?

El “punto final” que significó el acta que puso fin a la huelga no fue tan categórico. Al terminar el conflicto, no se solucionaron los problemas laborales, sino que la empresa y las *services* —haciendo gala de su magnificencia, su comprensión y, sobre todo, su poder— aceptaba por fin tener el tiempo para discutir el pliego de reclamos que los mineros trataban de hacer escuchar hacia meses. ¿Cambió la situación? Muchos siguen viviendo de a cuatro personas en un cuarto de tres por tres, sin una mesa ni una silla; les han subido un sol el sueldo y ya no pueden trabajar horas extras.

El encuentro con dirigentes fue en la calle que lleva a la salida para bajar al campamento. Se habían encontrado con otros tres y los dos bandos discutían sobre ciertas cosas que uno de ellos dijo en las reuniones de Lima sin consultárselas a él. Don Lucho tenía razón: los sindicatos no tienen poder, ¿cómo tenerlo si no están unidos?

En la calle, nuevamente los uniformes, las botas sucias y el casco amarillo. Se van hacia el campamento a trabajar. ¿A trabajar, trabajan hoy domingo? “Sí, para el día libre trabajamos, no pagado” ¿Pero no pueden no trabajar y ya? ¿Los obligan? “Ah... nos obligan, nos hacen amenazas y ya pues... tenemos que trabajar”, dicen.

DESAPARECIDOS

Siempre, una estructura mal hecha en un socavón o una carga de dinamita mal puesta, o puesta en el lugar equivocado o en una cantidad equivocada, puede producir derrumbes, y por lo tanto muertes (sin contar la adquisición de neumoconiosis o “enfermedad del pulmón negro”, que se contrae por estar expuesto al polvo del mineral por un tiempo prolongado). Lo impactante es imaginar que los cuerpos desaparezcán. Roberto, el maestro perforista que se iba a La Oroya, me había contado de eso, “escondiendo lo sacaban y dónde se lo llevarían”. También que hacían parecer que había muerto fuera de la mina, cuando no había sido así.

Pregunté a los mineros obligados a trabajar domingo sin paga, y mientras caminábamos si sabían algo de los mineros desaparecidos. Pasamos por la puerta de la cantina y nos dirigimos hacia el campamento. A un lado, en la tienda del hostel de don Lucho, quince mineros parados observan maravillados el video la Princesita Acollina, una cantante conocida.

-Minero: Un pata Rosales, que se llamaba Rosales, se accidentó y murió. Lo sacaron, no sé por dónde lo habrán sacado, escondidamente sacaron, y lo llevaron a Lima y lo enterraron.

-Alexis: ¿Y su familia sabe?

-M: Sí sabe. Pero a su familia lo han comprado, no sé. Su señora vino hace veinte días... quince días será: ‘no me dan nada, estoy haciendo papeleos pero no hay nadie que me haga caso’, diciendo estaba.

-A: ¿Es el único caso?

-M: No, así varios accidentes sacaban. Había un pata, un perforista, sopló la tolva y ahí murió, a él también así escondido se lo llevó.

-A: ¿Y su familia?

-M: Lo habrán comprado pues, qué será.

-A: ¿No se dijo nada?

-M: No se dijo nada. Así como cinco seis accidentes sacaban, y nada, nadie dice nada. Alguien cualquier cosa habla, lo están liquidando, lo están botando.

Me quedé antes de la bajada hacia el campamento, ellos se despiden y parten a paso tranquilo. Veía alejarse a esos dos hombres de cascos amarillos y botas siempre sucias hacia ese lugar donde no hay horizonte, solo un cerro rojo que parece mirarlos como a pequeños seres que trepan todos los días, una y otra vez, en la misma automática y solitaria rutina a más de 4000 metros de altura. Un sitio que está a cuatro horas de nuestra ciudad, muy cerca, pero cuyos sufrimientos no se ven y, como toda injusticia que se vive a diario en carne propia, son parte inconsciente de su vida y su resignación. Un lugar de tierras rojas e ichu en el que trabajas arriesgando todos los días tu vida por poco más de veinte soles diarios y un cuarto de nueve metros cuadrados que compartes con tres personas más. Un lugar en el que simplemente puedes desaparecer, y es normal.

“Perú, país energético minero” es el eslogan del Ministerio de Energía y Minas del Perú. Nuestro país tiene una tradición minera que se remonta a civilizaciones preincaicas en el tratamiento del oro, la plata y el cobre. En el Incario también se utilizaban estos minerales. En la Colonia, los españoles explotaron plata de la mina de Potosí, y mercurio de algunas zonas de Huancavelica. Durante la República, la explotación del guano y el salitre duró casi cuarenta años.

El sector minero se convirtió en un gran atractivo para la inversión extranjera, y se desarrolló gracias a las nuevas normas políticas que en la década de 1950 favorecían al capital extranjero. Sin embargo, fue en la década de 1990 cuando el progreso incluyó normas sociales y ambientales.

Hoy en día la minería es, como hace cientos de años, una actividad en constante progreso debido a los cambios técnicos. Pero, a pesar de ser muy rentable, también se presenta como peligrosa. Las leyes en favor del medio ambiente demuestran la preocupación que hay respecto de las posibles repercusiones que puede tener esta actividad en la naturaleza. Los aspectos sociales también están incluidos en las observaciones que se hacen al sector. Y muchas veces son los habitantes de una comunidad quienes se niegan a integrarse a esta actividad, mientras que el Estado, por su lado, la sigue apoyando.

El más reciente caso es el de la minera Majaz S.A., que tiene un proyecto de exploración en Yanta y Segunda y Cajas (Piura), comunidades que cuentan con más de treinta y nueve poblados. El proyecto es rechazado por la población, que tiene un fuerte vínculo con la agricultura. Los intentos del Estado y de la minera se orientan a la concertación comunitaria,

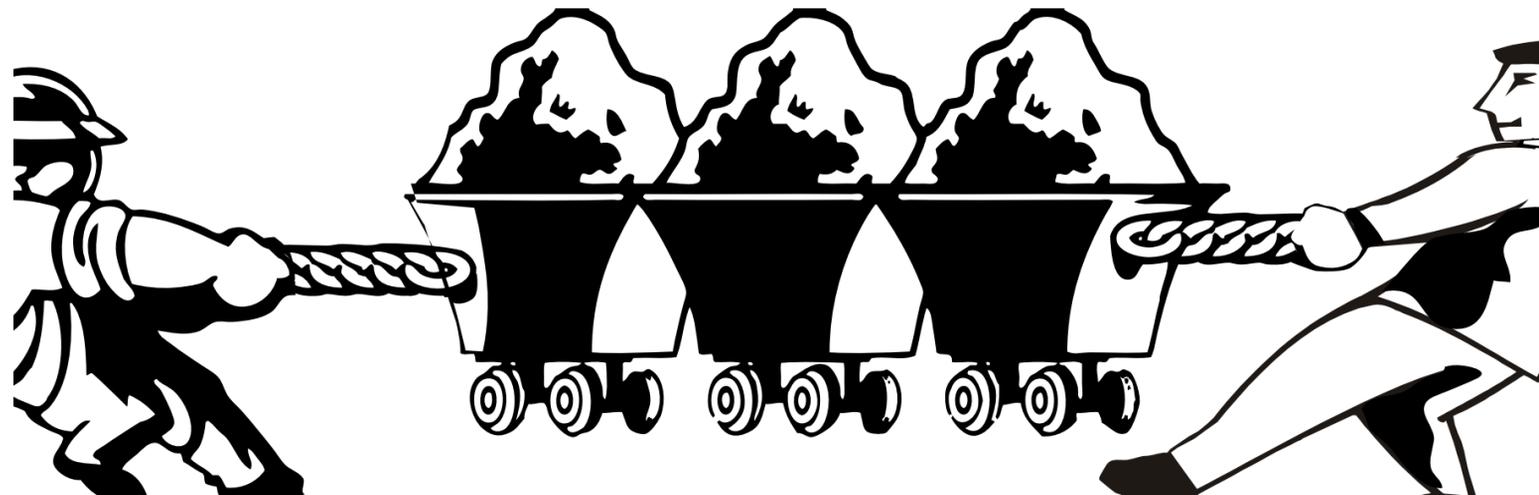
mesas de diálogo y otras actividades para integrar las comunidades al proyecto con planes de desarrollo sostenibles que satisfagan sus necesidades sociales, económicas y ambientales.

Piura no tiene una tradición minera. Y la negativa a que se exploren y exploten minerales en esa región no es reciente. En el año 2002, la provincia de Tambogrande realizó una consulta vecinal que arrojó resultados negativos para el proyecto de la empresa minera Manhattan, que pretendía explotar oro. Posteriormente, el Ministerio de Energía y Minas retiró la concesión.

¿Se repetirá la situación de hace cinco años? El dieciséis de septiembre se realizó una consulta vecinal no solo en Huancabamba, Pacaipampa y Ayabaca —donde más del noventa por ciento de pobladores votaron por el NO—, sino también en Talara, Sechura, Sullana, Paita y Morropón, donde predominó el Sí. La iniciativa de estos últimos distritos por realizar la consulta muestra su interés por participar. Se sabe que esta consulta no es vinculante, por lo que no necesariamente se debe tomar en cuenta. Sin embargo, no hacerlo sería un grave error.

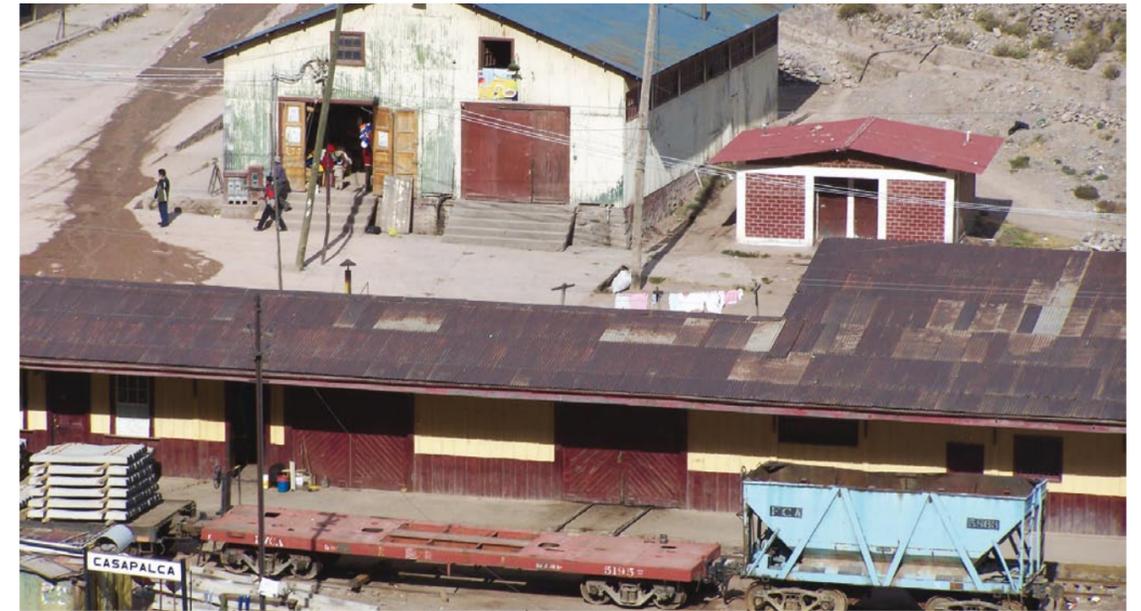
Lo que defienden los comuneros es el majaz, y señalan como absurda la presencia de la minera Majaz, que acabaría con un mamífero en peligro de extinción.

El Estudio de Impacto Ambiental (EIA) está incompleto, y las acciones que se tomarán no están del todo claras. Lo cierto es que hay un delicado problema de comunicación, y no solo de información, que, por cierto, no es lo mismo. El Estado da evidencias de no saber cómo manejar el tema: apoya al cien por ciento la inversión minera pero no muestra comprensión hacia quienes no están de acuerdo con ella: los acu-





Los perros del hortelano



TEXTO ALESSANDRA FIORENTINI
FOTO ALEXIS HUACCHO

san de comunistas y esperan convencerlos. Muestra los aspectos supuestamente positivos de la exploración y explotación minera, pero la publicidad no funcionará con ellos si no expone *todo* el panorama. La instalación de la Mesa de Diálogo —ocurrida el diez de septiembre— demuestra que Estado tardó en tomar medidas. Además, esa llamada al diálogo tan repentina no podía asegurar la presencia de los alcaldes invitados, quienes por la distancia o por las tareas propias de una agenda recargada no llegaron. Se ha pretendido dar a entender que ellos son los que no quieren establecer el diálogo, cuando fue el Estado claramente el que ha dado signos de interés 'algo' tarde.

Realmente hay poca confianza en el Estado. La comunicación no solo involucra la atención de la empresa interesada frente a los habitantes involucrados sino también la del Estado, que *debe* estar presente como regulador y no como negociador.

Y no es solo la poca fe en el Estado: la mala imagen de la minería también incrementa la desconfianza de los involucrados en este proyecto. Desde la Colonia, las empresas han prometido tanto o más que los postulantes a la presidencia, y a menudo no han cumplido. Llegan, se quedan veinte o treinta años, se van, y 'lo que pasó, pasó', como dice la canción. Lo primordial es ser conscientes de los problemas que produce la minería y de las posibles soluciones, para no terminar con una ciudad casi fantasma o desaparecida por falta de un Estado que defienda los derechos de su pueblo.

Como siempre, hay de lo bueno y lo malo. Algunas mineras se han esforzado por dar lo que el Estado no brinda, pero les conviene hacerlo, pues es una forma de marketing para la empresa y porque la responsabilidad garantiza la confianza. Lo mismo ocurre con los medios y la credibilidad.

La información es fundamental. La gente necesita saber qué va a pasar en sus tierras, qué beneficios puede traerles una actividad como esta y qué desventajas tendrá. Debería haber signos de comprensión: tienen temor a perderlo todo por una supuesta comodidad breve. Ya quisiéramos que la felicidad durara para siempre. El Estado debe fortalecer su marco legal y no lanzarse al primer inversionista que se presente delante. La gente debe deducir que los beneficios no llegarán a ellos sino al Estado, porque la minería genera dinero por las regalías y tributos. Sin embargo, el consumo local puede incrementarse. De hecho, los puestos de comida generarán grandes ingresos, y seguramente, como en otros lados, los prostíbulos también. Ese aspecto negativo también es rechazado por las comunidades en declaraciones a la prensa, y no solo el impacto ambiental que generaría la explotación de minerales en la zona.

La presión es evidente. El caso de radio Cutivalú despertó el interés de muchos críticos y comunicadores. La negativa de la radio para no transmitir un aviso del Estado sorprendió a muchos cuando, según la Ley de Radio y Televisión, la emisora tiene la potestad de aceptar o no la emisión de un mensaje. Después de que el MEM corrigiera el audio —que fue atacado por contener una opinión en favor de la minería e información falsa— la radio en cuestión tuvo la intención de transmitir el aviso; sin embargo, el MEM no se pronunció. Tanto el Instituto de Prensa y Sociedad (IPYS) como el Consejo de Prensa Peruana (CPP), desde su Tribunal de Ética, apoyaron a radio Cutivalú y consideraron que el caso no es un acto de censura sino de ética. Este tema, que generó mucho debate, deja interrogantes con relación a la función de los medios y a la postura del gobierno. Está claro que la prensa no puede ser objeto de monopolio del Estado. Y que la libertad de expresión no es solo de los dueños del canal o emisora sino de todos los ciudadanos.

Los resultados de la consulta vecinal del pasado 16 de septiembre, en la cual más de cincuenta por ciento de la población de Yanta y Segunda y Cajas desaprobó la presencia de la minera Majaz, amenaza con convertirse en un importante antecedente de soberanía y ciudadanía económica peruana. ¿Pero cómo llegaron a tal situación en la que el Primer Ministro deberá viajar a Piura para "moderar" el diálogo entre ambas partes?

El error del gobierno aprista ha sido, desde el principio, la falta de comunicación (con un trasfondo de favoritismo). Mientras los alcaldes de Pacaipampa, Ayabaca y Carmen de la Frontera habían intentado denunciar la presencia "ilegal" de Majaz al Ministro de Energía y Minas desde febrero pasado, el Primer Ministro solo dispuso dialogar con ellos luego de haberse reunido con los nuevos dueños de la minera sobre el tema. Además, se ha suscrito ya un convenio de estabilidad tributario, aun cuando el proyecto de Río Blanco no ha sido aprobado.

Mientras que Majaz representa una inversión palpable de mil millones de dólares para veinte años, ¿qué representaría para el presidente la preocupación de más de quince mil peruanos sobre su medio ambiente o su decisión de controlar la dirección de su economía? La dificultad para contestar esa pregunta está en que, aunque la inversión minera representa una buena tajada de la economía peruana, no siempre cuenta con la aprobación de la población. Esto se debe a muchos motivos, como el mal uso que se da al canon minero o la contaminación que afecta directamente a la población cercana. Por eso se teme —más que la pena de perder esta

inversión— lo que esta consulta vecinal representa para el país en lo que respecta a la actividad minera. De este modo, es imposible ser amigo de todos, como aparentan los representantes del gobierno.

Por esta razón, el gobierno ha sido tan tajante e intolerante en sus declaraciones previas a la consulta: llegó a calificar a las autoridades locales y regionales de Piura, a la radio Cutivalú y, por momentos, a la Iglesia, de comunistas o marionetas de ONG (posiblemente chilenas). Su lógica silogista fue la siguiente: *Estar en contra de Majaz es estar en contra de la minería, es estar en contra de una de las actividades económicas más importantes para el desarrollo del país, es ser comunista y ser traidor a la patria.*

Ciertamente ambos lados tienen derecho de hacerse oír, pero siempre dentro de un diálogo que respete los derechos y límites de ambos lados. Por su parte, Majaz está decidida a convencer a la población de que el proyecto de Río Blanco les conviene, pase lo que pase. Los pobladores, quienes meses atrás rechazaron un fondo de ochenta millones de dólares a cambio de la aprobación del proyecto, aún no se han pronunciado al respecto, pero vale reflexionar sobre tanta intervención y la injerencia de esta. ¿No era a los piuranos a quienes les competía decidir qué hacer con ellos? Aun cuando los resultados de la consulta no serán definitivos para decidir el futuro de Majaz en Piura, es loable cómo convirtieron la violencia —que incluiría a cerca de doscientos cincuenta campesinos denunciados y dos fallecidos en enfrentamientos sin resolución— en una actividad tan cívica y pacífica como la consulta vecinal.

Los vampiros de la tierra

TEXTO RAPHAËL MORÁN
FOTOILUSTRACIÓN CAROLINA ARREDONDO

«Periodismo y conflictos mineros». Cuando vi los afiches del Seminario organizado por la especialidad de periodismo el 15 y 16 de octubre, estuve inmediatamente atraído por este tema que agrupa dos de mis ocupaciones intelectuales preferidas: el periodismo y el activismo político. El tema de la explotación minera me hizo volver seis años atrás, cuando tenía dieciséis años e iba descubriendo la política en Francia. Leí *Germinal* de Emile Zola, que hasta ahora considero como uno de los libros que forjaron mis opiniones políticas anticapitalistas. En esta obra maestra de la corriente literaria del Réalisme, el autor nos da a conocer las condiciones de vida en las minas europeas de la mitad del siglo XIX, justo cuando empezaban a difundirse en el viejo continente las ideas de Marx y las ideas anarquistas. Siempre tengo en la mente el final de la novela, una frase visionaria de lo que iba a ser un futuro contradictorio ya que mezclado de rebelión social y de optimismo en cuanto al mejoramiento de la condición obrera: «...los hombres empujaban, un ejército negro, vengador, que germinaba lentamente en los surcos, creciendo para las cosechas del siglo futuro, cuya germinación pronto haría estallar la tierra».

Así que, cuando me enteré a través de las noticias de los conflictos mineros que afectan a muchas comunidades del Perú, no pude dejar de pensar en Etienne, Catherine y La Maheude, héroes trágicos de la novela de Emile Zola.

Hoy las cuencas mineras del norte y del este de Francia ya no existen. Se han agotado las inmensas reservas de carbón que se explotaron durante el siglo XIX, dejando hectáreas de paisajes desolados ennegrecidos por las escombreras de varias decenas de metros de altura donde hasta se puede esquiar en invierno. Al contrario, por la inmensidad de sus recursos, el Perú todavía no conoce el agotamiento de sus recursos

mineros. Pero ya padece de las consecuencias negativas de la explotación minera. Se identifican hoy 32 conflictos entre comunidades y empresas mineras y entre enero y junio 2007 murieron veintidós personas a causa de accidentes en las minas del Perú, según la fundación CooperAcción. Además en junio 2006, el Ministerio de Energía y Minas del Perú reconoció que había en el país 850 casos de pasivos ambientales donde «instalaciones, efluentes, emisiones, restos o depósitos de residuos producidos por operaciones mineras constituyen un riesgo permanente y potencial para la salud de la población, el ecosistema circundante y la propiedad».

Esto es la contrapartida de que el Perú sea hoy en día el segundo productor de plata del mundo, el tercer productor de estaño y el cuarto productor mundial de cobre. Cada año se sacan más de 3000 toneladas de plata, 40 000 toneladas de estaño, y durante los pasados 30 años se triplicó la producción de oro en el país. Esta industria hace trabajar a 110 000 personas diariamente, la mayoría de las cuales están empleadas por empresas subcontratadas. Además, durante los años de privatización bajo el gobierno de Fujimori, muchas concesiones mineras fueron vendidas a precios subestimados, para luego ser vendidas 10 o 100 veces más de lo que habían costado.

La explotación minera lleva bien su nombre: se trata de explotar a la tierra hasta que se agote. Se trata de explotar la fuerza humana hasta que se muera. Se trata de ensuciar el medio ambiente generando brutalmente riquezas inmensas que raramente son invertidas en el desarrollo sostenible y que condenan a la próxima generación al exilio. El sistema de explotación privada de las minas encarna lo peor del régimen económico actual: el cortoplacismo y el desprecio por las generaciones futuras.

